

Beatriz

CORIN TELLADO



FG/902

223

BEATRIZ

CORIN TELLADO

BEATRIZ

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

Ayuntamiento de Madrid

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 11146 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CORIN TELLADO - 1960



**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960**

N. R. 3760/60

Ayuntamiento de Madrid

R/III.058

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PIMPINELA:

700. — Una cihca valiente. 714. — Adorable esclavitud. 724. — Te vi al amanecer.

En Colección MADREPERLA:

606 — Lo inesperado. 609. — El pintor. 621. — Has de ser tú.

En Colección ROSAURA:

538. — El pasado vuelve aquí. 556. — El secreto de Mildred. 560. — El amor llegó más tarde.

En Colección AMAPOLA:

434 — El y el otro. 438. — La historia de mi vida. 445. — Realidades.

En Colección ALONDRA:

352. — Los ambiciosos. 360. — El profesor de felicidad. 380. — Ella y sus recuerdos.

En Colección CAMELIA:

317. — El destino de Kim. 319. — Desengaño y amor. 323. — El amigo de mi marido.

En Colección ORQUIDEA:

91. — El Destino manda. 96. — Te quiero de esta manera.

En Colección CORAL:

171. — La mujer de hielo. 172. — Aquel minuto. 173. — Mi marido y yo.

CAPITULO I

—Oye, Arturo. ¿Quién es ese tipo tan raro que te has echado de amigo?

—Se llama Eduardo Boreño.

—¿Sólo sabes eso de él?

—Sé algo más —burlándose de la curiosidad de su hermana—. Mide uno ochenta de estatura, tiene treinta años y estudia el último curso de aparejador.

—¿A los treinta años? —se asombró Beatriz—. Tienes tú veinticinco y ya has terminado.

Arturo (alto, delgado, elegante) se esponjó.

—Es que yo —observó con ironía— soy un tío listo, hermana. Y por otra parte, me dediqué a estudiar, no a hacer el amor a las mujeres.

—¿Tu amigo es mujeriego?

—Es divertido —cortó Arturo sarcástico—. Le gusta la buena vida y... ¿cómo no?, las mujeres.

—¿Me lo vas a presentar?

Arturo se asustó.

—¡Ni hablar! Si te lo presento te enamoras de él y no deseo que papá me propine un bastonazo. Además tienes novio.

Beatriz alzó los hombros.

—Luis no dirá nada.

—Pero lo dirá papá, y mamá, que de bohemia no tiene nada, se pondría por las nubes.

—¡Bah! No les tengo tanto miedo. Además no se enterarán.

—Te he dicho que no. Por otra parte, no es Eduar-

do digno de ser presentado a una damita tan elegante como tú.

La hermosa pelirroja agitó la cabeza.

—Oye —dijo en voz baja y apremiante—. Lo deseo de veras. Es un tipo que nos llama la atención a todas las chicas.

—¿Por su pelo cortado al rape? —se burló Arturo—. ¿O por el brillo desafiador de su mirada, o por sus ropas estrafalarias?

—Por lo que sea. Tienes que presentármelo.

—Yo... ¡Ni hablar!

Y Arturo se alejó hacia la puerta del *living*. Beatriz (delgada, esbelta como un junco, pelirroja, ojos verdes, bonita como una aparición) fue tras él.

—Arturo...

—No te lo presentaré.

—Arturo, por favor...

—Te he dicho que no. Dedícate a tu novio.

Beatriz se enfureció.

—Te he dicho que a Luis no le importará que me presentes a tu amigo. Se encuentra tan seguro de sí mismo y tanto de mi amor, que le importará un ardite que yo conozca a ese pintoresco Eduardo Boreño.

Arturo se acercó de nuevo a ella y la escrutó con la mirada.

—¿Estás tú tan segura de ese cariño?

Beatriz desvió la mirada.

—Mira, yo —dijo evasiva— nunca me detuve a pensar en eso. Tengo veinte años y hace seis meses que soy novia de Luis. Papá dice que Luis será un excelente marido. Mamá se muestra encantada. ¿Qué puedo decir yo?

—¿Cómo? Tú tan personal, tan tú, tan independiente, te conformes con lo que digan papá y mamá?

Beatriz alzó los hombros, ademán en ella característico cuando algo le era indiferente.

—No lo han elegido ellos; lo elegí yo.

—De acuerdo; pero porque ellos te aconsejaron que lo eligieras entre todos los pretendientes que te salieron desde que dejaste el pensionado.

Beatriz dio muestras de impaciencia. Dejóse caer en

el brazo
bella, d
de la e
arrolla
era cien
un temp
te su a
junto n
ña atra
vestirse
era la
llegaba
hombro
ser hije
lograr l
llones d
portanc
joven p
modelo
de algo
ba sien
nas de
un cofr
nero qu
humano
aquel p
y en po
de ver
aunque
vestido
gran fa
igual; p
—¿D
Arturo?
ver a L
Artu
pasos y
del sill
—No
ro es u
gamino

el brazo de un sillón y balanceó una pierna. Era más que bella, de un atractivo subyugador. Los hombres decían de la elegante Beatriz Gil de Altamira que tenía una arrolladora vida en sus extraordinarios ojos verdes. Y era cierto. Rasgados, con un brillo cegador, denotaban un temperamento emocional nada común, y en contraste su aparente era frío y altivo. Sus facciones en conjunto no eran clásicas, pero sí exóticas y de una extraña atracción. Y sobre esto Beatriz Gil de Altamira sabía vestirse, pintarse y andar con donaire y, además, ¡ay!, era la hija de un hombre millonario. Cuando alguien llegaba ante ella a esta conclusión, Beatriz alzaba los hombros y decía desdeñosa: "Me importa un pepino ser hija de quien soy. Me basto y me sobro sola para lograr la felicidad personal sin el concurso de los millones de papá". Y era cierto. Ella daba menguada importancia al dinero. Se servía de él, pero no era una joven poseída. Beatriz igual salía a la calle con un modelo de Dior que con una falda de percal, un jersey de algodón y zapatos bajos, y de igual modo continuaba siendo ella. Detestaba el orgullo que tenían algunas de sus amigas, jamás lucía joyas costosas (y tenía un cofre lleno de ellas), e igual hablaba con el jardinero que con el gobernador. Para ella todos eran seres humanos dignos de tenerse en cuenta y usaba mucho aquel pasaje de la Biblia: "Polvo has sido, polvo eres y en polvo te convertirás", lo cual indicaba, a su modo de ver las cosas, que todo ser humano es igual al otro, aunque uno vaya desnudo o harapiento y el otro revestido de oro. Luis Torres, el opulento heredero de la gran familia llena de añejos pergaminos, no pensaba igual; pero Beatriz aún lo ignoraba.

—¿Dejamos mis asuntos sentimentales a un lado, Arturo? —preguntó apremiante—. Nunca has podido ver a Luis. ¿Qué te hizo?

Arturo, que pensaba marchar, retrocedió sobre sus pasos y se sentó, al igual que su hermana, en el brazo del sillón frente a ésta.

—No le tengo antipatía —dijo pensativamente—. Pero es un hombre tan sensible, tan pegado a sus pergaminos, que me revienta. Hoy en día, y dada la evo-

lución de la época, se tiene muy poco en cuenta todo eso.

—Nunca noté en Luis esa tendencia que mencionas.

—Porque lo has mirado superficialmente. Además vuestras relaciones aún no son formales. Deja que te vea segura y verás cómo pretende meterte en su elegante puño.

—Ves visiones.

—Bueno —se puso en pie—. Ahonda en él y ya me dirás.

—No me interesa ahondar en él.

—Porque no estás enamorada.

—¿Que no estoy enamorada? ¿Entonces, qué es el amor?

Arturo asía el pomo de la puerta.

—Algo —dijo— muy distinto a lo que tú sientes.

—Oye, oye...

—Busca en ti y verás. Me molestaría que te casaras con Luis Torres de la Fuente sin conocer el significado del amor. Nuestros padres han decidido casarnos espléndidamente —de súbito retrocedió sobre sus pasos y se aproximó de nuevo a Beatriz—. ¿No sabes? Hace sólo veintidós años, papá era un empleado de nuestras fábricas de hilaturas. Hoy eres una rica heredera, yo un muchacho codiciable para las jovencitas casaderas. A papá sólo le falta que tú te cases con Torres, que dicho sea de paso, aseguran por ahí que su fortuna se tambalea, y desea asimismo que yo despose a una joven principal, hija de un marqués o un duque.

—Me asombras con tus chismes.

—No son chismes. Son verdades como templos. La gente se inclina hacia ti porque eres hija de un millonario. Si tu padre siguiera siendo el oscuro empleado, ¡ajá!, naranjas de la China, ni te miraban. ¿Es que también ignoras eso?

—Para mí —protestó—, no tiene importancia el dinero.

—¡Ah, para ti! Pero para los demás la tiene. Y mucha. En particular para tu Luisito.

—Oye...

—Y te advierto que nuestro padre espera de mí otra

boda se
incauta

Y enton

Pero no
que sea

—Po

—Sie

vez dec

—Co

resaba.

amigo?

—Nu

blo sin

tolos lo

real.

—Me

—No

Y m

instante

¡Bah!

Edua

rejador

cursos).

po habi

deportiv

sido esp

nos. Su

le hacia

él, un c

y si les

jereada.

reño de

importa

perfecto

ciso. No

todos lo

gastarla

divertid

boda semejante, pero a mí... ¡Quiá! No se me caza tan incautamente. Deseo el amor, porque existe, ¿sabes? Y entonces me casaré con la mujer que me lo inspire. Pero no porque sea duquesa o marquesa. Me basta con que sea mujer y sepa llegar a mi corazón.

—Por lo que observo, te has vuelto un sentimental.

—Siempre lo he sido —se alejó hacia la puerta, esta vez decidido a marchar—. Hasta luego, hermanita.

—Con tu perorata, apartaste el tema que me interesaba. ¿Cuándo me presentas a tu extravagante amigo?

—Nunca. Te hubiera enamorado y es un pobre diablo sin un cuarto. Recibe una pensión de sus padres tolos los primeros de mes y al otro día no posee ni un real.

—Me interesa conocer a esa alhaja.

—No seré yo quien te lo presente.

Y marchó cerrando tras de sí. Beatriz pensó un instante en las palabras de su hermano. ¿El amor? ¡Bah!

* * *

Eduardo Boreño estudiaba el último curso de apañador (llevaba cuatro años peleando con los últimos cursos). Vestía un pantalón gris que en algún tiempo había sido elegante. Un jersey de algodón blanco, deportivo, y una americana que en algún tiempo había sido espléndida, pero que ya no lo era ni mucho menos. Su pelo al rape y sus negros ojos centelleantes le hacían parecer un príncipe romano; pero era, según él, un diablo sin un cuarto. Calzaba zapatos negros, y si les hubiera levantado se habría visto su suela agujereada. Hemos de advertir que a Eduardo Antonio Boreño de la Huerta (éste era su verdadero nombre) le importaba un ardite levantar el pie y enseñar el desperfecto, y si no lo hacía era porque no lo creía preciso. No llevaba el zapato roto por falta de dinero, pues todos los meses recibía su pensión, pero ésta prefería gastarla en francachelas y en compañía de elementos divertidos que en una zapatería, donde, para colmo de

males, no salía jamás una dependienta guapa a quien se la pudiera invitar al cine o a dar un paseoito.

Y hemos de advertir también que Eduardo era un hombre positivista en cuestiones femeninas. El invitaba una vez a una chica; si ésta no se mostraba amable, jamás volvía a invitarla. Y en cuanto a tener novia formal como alguno de sus amigos, le causaba tal hilaridad, que había de sujetar el vientre para no estallar de risa como una granada con una cerilla. Este era, ni más ni menos, el hombre que Beatriz Gil deseaba que su hermano le presentara. Y como su hermano conocía muy bien la clase de elemento que era su amigo, se negaba en redondo y con razón, pues Eduardo era hombre que tenía "ángel" para las chicas y él, con detestar a Luisito Torres, prefería ver a su hermana en compañía de éste que al lado del tarambana de Eduardo.

En aquel atardecer crepuscular, Eduardo y Arturo (hay que decir que son íntimos amigos) se hallaban sentados en la avenida del paseo marítimo. A lo largo del muro paseaban las chicas y se adentraban en el edificio del Náutico, en cuya terraza se armonizaban todas las tardes espléndidos y elegantes bailes. Arturo era socio del club, y tenía libre acceso a éste, pero Eduardo se negó desde un principio a pagar su elevada cuota y rara vez se le veía en aquella terraza, y cuando esto ocurría, Arturo se preguntaba cómo se las arreglaba para sobornar a los porteros. Para esta interrogante Eduardo tenía una risita y una respuesta irónica, y de esto no salía jamás, con lo cual dejaba a Arturo perplejo y admirado.

—Hoy el Náutico está espléndido —indicó Arturo.

—No veo nada extraordinario —observó Eduardo—. Caras de bobas y hombres insoportables, y, lo peor de todo, estamos a últimos de mes y he de conformarme con la ración visual a distancia.

—Te presto.

—¿Qué? No, querido Arturo —filosofó tranquilamente—. Te debo media pensión.

—¿Por qué no dices a tus padres que no te alcanza?

Eduardo se quedó mirando a su amigo con expre-

sión per
prenderí
y ¡hala!
la canti
viaban s
vez habl
mero de
mucho q
mas, que

—Mir

—¿Qu

—A es

la pelirro

Arturo

nada. Ec

—Dian

qué ojos,

—¡Hu

—¿Te

Arturo

Eduardo

tico colg

—¿Qu

súbito e

Arturo

—Oye

Eduar

gastado

pesetas.

—Doc

Martini,

bran sin

jarme di

Arturo

la carter

ción y a

dinero d

rico ami

selo. Era

aquel in

la joven

sión perpleja. ¿Pedir más dinero? ¡Ja! Su padre emprendería el viaje, lo ataría al volante de su coche... y ¡hala!, a rastras hasta casa. ¿Conocía acaso Arturo la cantidad que para sus gastos particulares le enviaban sus padres? No, por supuesto. Y Eduardo rara vez hablaba de sí mismo ni de sus padres, ni del número de pesetas al cual ascendía la pensión. Había mucho que hablar sin meterse en tales honduras íntimas, que a nadie, excepto a él, importaban.

—Mira —dijo de pronto.

—¿Qué he de mirar?

—A esa chica que cruza al otro lado del muro. Esa la pelirroja que va colgada del brazo de ese petimetre. Arturo engulló saliva, pero no dijo absolutamente nada. Eduardo añadió:

—Diantre, qué atractiva es. Parece altanera, pero, qué ojos, cielo; qué pelo, qué cuerpo.

—¡Hum! —rezongó Arturo.

—¿Te imaginas el amor al lado de una mujer así?

Arturo se menguó. Su hermana (a ella se refería Eduardo) cruzaba en aquel instante el parque del Náutico colgada del brazo de su novio.

—¿Qué me dices? —preguntó de nuevo Eduardo con súbito entusiasmo—. Tengo que verla más de cerca.

Arturo sintió que un sudor frío bañaba su frente.

—Oye —dijo—, yo creo que si va con un hombre...

Eduardo no le oía. Hurgaba en los bolsillos de su gastado pantalón y de éstos salieron doce limpias pesetas.

—Doce —rezongó—; con esto no tengo ni para un *Martini*, en ese lugar donde por una naranjada te cobran sin rubores cincuenta calas. ¡Ah!, tú puedes dejarme dinero.

Arturo podía dejárselo, en efecto. El siempre tenía la cartera llena, pero Eduardo, pese a su despreocupación y a falta de pesetas, rara vez se divertía con el dinero de los demás. No admitía la generosidad de su rico amigo, más que cuando sabía que podía devolvérselo. Era orgulloso y Arturo no lo ignoraba. Y si en aquel instante buscaba su ayuda monetaria, era que la joven pelirroja le agradaba de veras, y esta pelirroja

era su hermana. Y una cosa era ser amigo de Eduardo y otra que éste acompañara a su hermana.

—No dispongo de un real —dijo todo lo serio que pudo.

—¿Cómo? Hace un instante me ofrecías dinero que yo rechacé. Y ahora que te lo pido, me lo niegas. ¿Cómo se entiende eso?

—Conozco a esa chica —dijo—. Tiene novio. Es el que la acompaña.

—¿Y eso qué? Mira, Arturo, no te hagas el tonto. Tú sabes muy bien cómo son las chicas de hoy. Yo me divertí con alguna que iba a casarse una semana después.

—¡Esa no!

Lo dijo con tal energía que Eduardo se quedó suspendido.

—¡Que me aspen si te entiendo! En otras ocasiones eres tú el iniciador. ¿Qué diablos te pasa hoy?

—Esa joven es mi hermana —dijo con aspereza.

—¿Eh?

—Mi hermana Beatriz.

—La única que tienes.

—Eso.

—¡Ah! Perdona. —Y con volubilidad—. ¿Damos un paseco?

—Vamos, pues.

Y se puso en pie pensando para sus adentros: "He de conocerla. Vaya si la he de conocer."

Echaron a andar muro adelante. De súbito preguntó Arturo:

—¿Cuántas Universidades recorriste en el transcurso de tus estudios?

—Muchas.

—Supongo que ésta será la última.

—Supones bien —dijo lacónico.

Y pensó "in mente" en las palabras de su padre: "Si esta vez haces alguna de las tuyas, vienes para casa y no sales de ella jamás."

—¿Tienes más hermanos?

—Y dices —añadió Eduardo por toda respuesta— que tu hermana se va a casar.

—Hom
pañía es s

—Ya.

así?

—Tien
turalidad

Eduardo

hombros

—Eres

grandes a

¿eh? —y

casada. E

Y Artu

dres de E

les trabaj

su hijo.

—¿Tien

Y Edu

—Bast

—Hombre, tanto como eso... Pero el que la acompaña es su novio.

—Ya. ¿Tiene cara de papanatas o fui yo que lo vi así?

—Tiene cara de papanatas —replicó Arturo con naturalidad aplastante.

Eduardo soltó la carcajada y pasó el brazo por los hombros de su amigo.

—Eres un gran muchacho. Nunca dejaremos de ser grandes amigos. Tenemos muchos puntos de afinidad, ¿eh? —y sin transición—: Tengo sólo una hermana casada. Es tan hueso como mis padres.

Y Arturo, sin fundamento, se imaginó que los padres de Eduardo eran sacrificados labradores, los cuales trabajaban sin descanso para costear la carrera de su hijo.

—¿Tienes muchas tierras?

Y Eduardo replicó con naturalidad:

—Bastantes.

II

Beatriz Gil se hallaba hundida en un sofá al fondo del lujoso salón. Vestía pantalones, cruzaba una pierna sobre otra y fumaba un cigarrillo, cuyas volutas esparcía en el aire con un suave impulso. En medio del salón, rodeando la mesita de centro, se hallaban sus padres, enfrascados en una conversación pueril. A Beatriz siempre le cansaron esa clase de conversaciones y prefería mantenerse al margen.

Esther Altamira (alta, esbelta, elegante y de aspecto joven aún, pese a sus cuarenta y ocho años) servía el té en aquel instante y su marido, Paulino Gil (moreno, fuerte, anchote, no aparentaba sus cincuenta y tres años recién cumplidos), fumaba un habano, repantigado en la butaca.

—¿No tomas el té, Bea? —preguntó la madre en aquel momento.

La joven se puso en pie con indolencia y se aproximó a sus padres, pero no se sentó. Apoyó una mano en el respaldo de una butaca y se quedó allí, sonriente, mirando ora a uno ora a otro.

—No, mamá, gracias.

—¿No sales? —preguntó al madre.

—Luego.

—¿Viene Luis a buscarte? —quiso saber la dama, y al pronunciar el nombre de Luis se esponjó como un pavo real.

—Seguramente.

Don Paulino Gil contempló a su hija con arrobo. La quería de tal manera y estaba tan orgulloso de ser

su padre, que si la luna le pidiera Bea, la luna le hubiera dado si sólo costase dinero. Pero Beatriz no era una joven caprichosa, ni nunca se envaneció del dinero de su padre, ni carecía de sentido para exigir a la vida cosas imposibles. Lo que Beatriz no toleraba era una imposición, y su madre, quizá menos psicóloga que su marido, no acababa de asimilar aquella faceta de su hija, si bien el esposo la conocía muy bien.

—Siéntate, Bea —pidió el caballero—. Hace muchos días que tú y yo no tenemos una conversación.

La muchacha se sentó en el brazo del sillón y alcanzó una pasta que mordisqueó distraídamente.

—¿Cómo van tus relaciones con Luis?

—Bien.

—¿Tenemos boda?

Beatriz alzóse de hombros. Ante aquel ademán indiferente, doña Esther se alteró un tanto.

—¿Qué es eso de encoger los hombros, querida? Luis Torres es el hombre que ni pintado para ti.

La muchacha enarcó una ceja.

—¿Por qué, mamá?

—No le hagas caso a tu madre —rió el padre mirando a su esposa significativamente. Pero ésta ni se enteró.

—¿Y preguntas por qué? Nosotros poseemos mucho dinero, pero no descendemos de marqueses, hijita. No hay pergaminos en nuestra familia. Si buscas en nuestro árbol genealógico, hallarás pescadores, albañiles, carniceros y hasta limpiabotas...

—¡Esther!

—Déjala, papá; todo lo que dice es muy divertido.

—Ningún marqués ni ningún duque —siguió la dama, sin darse cuenta de que estaba, como vulgarmente se dice, "metiendo la pata"—. Un matrimonio con un Torres de la Fuente es para nosotros excelente.

Beatriz parecía súbitamente pensativa. ¿Tendría razón Arturo?

—A mí no me interesa nada de eso, mamá —observó serenamente—. Busco el amor.

—También eso lo hallarás en Torres.

—Aún lo ignoro, mamá.

—Ni tú ni Arturo podéis hacer mala boda. Es preciso que el abolengo entre en esta casa, como entró el dinero.

—¿No dices que vas a salir, hijita? —intervino el caballero, en vista de que su esposa no comprendía el mudo lenguaje de su mirada—. Luis vendrá luego a buscarte.

—Es cierto. Gracias por tu advertencia, papá.

Y se alejó a paso lento con una arruga interrogadora en la frente.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, don Paulino increpó a su mujer:

—¿Cuánto dejarás de ser indiscreta, Esther?

—¿Yo indiscreta?

—Naturalmente. Tienes metida la manía de la grandeza en el cerebro y, lo que es peor, me la metiste a mí. Ciertamente que deseo ese matrimonio, pero Beatriz no es dócil ni va a casarse con Torres por darte gusto simplemente. Y si nota tu interés enfriará su entusiasmo.

—Eso es una tontería. ¿Para qué están los padres, si no para imponer obligaciones a sus hijos?

—Nunca obligaré a mis hijos a casarse contra su gusto.

—¡Paulino! —reprochó la dama.

—Si deseas que Beatriz se case con Luis Torres, ten mucho cuidado con lo que dices. Es conveniente que Beatriz no note nuestro gran interés por esa boda.

—Hizo un alto y añadió de pronto, con cierta alteración: —¿Y por qué nos interesamos tanto tú y yo en esa boda? Después de todo no es ningún choyo. Tengo entendido que los Torres carecen de fortuna. No es ningún plato de gusto para mí mantener un vago.

Esther se creció. Ella, a la edad de Beatriz, había sido una obrera en una fábrica de hilaturas de las que luego pasaron a poder de su marido. Pero aun nadie le había perdonado el que hubiera sido una obrera. En los círculos sociales era acogida, pero sólo acogida, sin anteponer el "bien". Y era preciso que aquellas personas encumbradas que la miraban por encima del hombro se inclinaran a su paso. Y sólo podría lograrlo si Beatriz y Arturo hacían una buena boda. Los Torres,

tuvieran dinero o no, eran gente principal en la ciudad, donde todos se conocían y nadie ignoraba que años antes Paulino Gil era un simple empleado y Esther una obrera. Y los Torres tenían duques y marqueses en la familia y decían que descendían de reyes. Y debemos advertir que a Esther los ducados y marquesados la volvían loca.

—Un Torres nunca puede ser un vago.

—Yo te digo —rezongó el esposo, perdiendo un poco su paciencia (y tenía mucha el buenazo de don Paulino)—, que yo no puedo olvidar que en mi infancia carecí de lo más indispensable, y que en mi adolescencia tenía que remendarme yo los calzones para ir a verte. Y que tú...

—Basta, basta —gritó doña Esther horrorizada—. ¿Quieres dejar de recordar, Paulino, tiempos que no han de volver?

—Es que estoy muy orgulloso de mí mismo —chilló a su vez el ex empleado—. Y me descompone que un puñado de holgazanes con pergaminos me mire como si fuera un caballo de carreras que acaba de ganar por casualidad el premio internacional.

Y poniéndose en pie, salió furioso de la estancia.

* * *

La familia Torres de la Fuente estaba reunida en el salón. Era viernes y todas las tardes de estos días recibían a sus amistades. Las personas que eran invitadas a aquellos té s subían un escalón en la esfera social, y la familia de Beatriz aún no había sido invitada jamás.

La conversación de aquel día versaba sobre eso. Luis, el hijo, aducía, y no sin razón, que si Beatriz era su novia, justo y lógico era que sus padres fueran invitados. Su padre don Felipe lo apoyaba, y en cuanto al abuelo don Gonzalo, marqués de Torres, lo admitía asimismo, pero doña Marta, la orgullosa dama ponía sus reparos. A estos reparos, don Felipe adujo persuasivo:

—No nos hagamos ilusiones, Marta. Tenemos baúles llenos de pergaminos, escudo a la puerta de nuestra casona, armaduras de los viejos tiempos, un marcado que ostenta tu padre —aquí el auténtico marqués dio una cabezadita asintiendo—, pero apenas si podemos pagar los derechos de este último.

Otra cabezadita del anciano y un suspiro de su hija.

—Además —añadió don Felipe—, estas gentes que de la nada han amontonado millones, los sueltan fácilmente, y nosotros necesitamos esos millones.

—¿A costa de soportar la vulgaridad de doña Esther y la ordinariéz de su marido?

—Tengo entendido —intervino el anciano marqués— que Beatriz es una joven muy distinguida. ¿No es cierto, Luis?

—Lo es, abuelo.

—Por lo tanto, Marta, con quien vas a enfrentarte es con esa muchacha. A sus padres sólo los soportarás mientras Luis no se case con su hija.

—Eso es, mamá —dijo Luis—. Cuando Beatriz y yo nos hayamos casado, vendremos a vivir aquí y te verás obligada a recibir a los Gil muy de tarde en tarde.

—Ya. Tengo entendido que a doña Esther le gusta tanto alternar como lucir sus fabulosas joyas de mal gusto.

—Mamá, que van a ser mis suegros.

La dama se estiró.

—¿No hay otra forma de salir de este atolladero económico, Felipe?

—Temo que no, Marta —suspiró el marido—. Ya pensamos en ello Luis y yo. No hay en la ciudad otra chica más rica que esa.

—Y toda la vida hemos de tener que cargar con su plebeyez. ¡Me aterra!

—Yo en tu lugar —dijo el marqués—, estaría muy contenta. No todos los días se consigue un choyo así. Por otra parte, si los recibimos aquí como simples amigos por ahora, la sociedad los admitirá de buen grado y dentro de poco nadie recordará su procedencia.

—Tiene razón el abuelo, mamá.

—Bien, sea —se resignó—. Quiera Dios que doña Esther y don Paulino no hagan el ridículo.

Don Paulino no lo hizo. Se mostró campechano y normal, como era, simplemente. Emparejó con el anciano marqués y ambos fumaron sendos puros habanos que al marqués le supo a gloria. Luego hablaron de política y de fútbol, y don Paulino parecía estar muy enterado de ambas cosas. Al marqués le resultó simpático don Paulino, y cuando éste le ofreció enviarle una caja de aquellos puros descomunales, el anciano se hizo mieles y se juró a sí mismo no haber conocido jamás hombre más informado del mundo actual ni más generoso.

En cuanto a doña Esther, ya fue otra cosa. Le gustaba hablar y habló por los codos. Y como dice el refrán, "el que mucho habla mucho yerra", doña Esther metió la "pata" más de una vez. Enumeró los modelos de Dior que tenía su hija, la sortija de brillantes que le había regalado su marido y casi citó la dote que percibiría Beatriz cuando se casase. A los amigos de Marta aquello les pareció gracioso, a ésta le pareció horrible y cuando el matrimonio se hubo ido en su escandaloso "Rolls", Marta con su marido y su padre, se quedó lanzando improperios.

—Pues ahora no tiene remedio —indicó apaciblemente su marido—. Si dejaras de invitarles a tus tés de los viernes, tus amigos considerarían ello como un error por tu parte, y recuerda que tú nunca has cometido errores de esa índole.

—De todas formas he de decirlos que es una mujer vulgar y zafia. No hizo más que hablar de dinero. De lo que le costó el palacio en el que viven, la sortija de brillantes y el ajuar de su hija de esta temporada. ¡Cielos, qué mujer más vulgar!

—Si lo tiene, ¿por qué no ha de decirlo? —intervino pacíficamente el anciano—. Es lo normal, creo yo.

—Papá...

—Hija mía, reconoce que nosotros no podemos decir eso, porque nada tenemos.

—Aunque lo tuviéramos, papá.

Papá alzóse de hombros. El sólo podía decir que

el tal Paulino tenía unos habanos formidables y hablaba de fútbol como un profesional. ¿Qué más pedían las mujeres?

—Mira, Marta, yo creo que ha sido un buen comienzo. Tus amigas no han profundizado tanto como tú y lo interesante es que doña Esther sea bien acogida por todos.

—¿Qué crees que irán diciendo?

—Lo que digan no nos interesa —cortó el marqués—. Lo esencial es que lo hagan.

Cuando llegó Luis preguntó en seguida qué tal había ido todo. La madre fue a hablar, pero don Felipe y el marqués se le adelantaron y dijeron que todo había salido a pedir de boca. Y a renglón seguido preguntó a su padre:

—¿Qué tal tus cosas con Beatriz?

—No es tan clara como sus padres y fue educada es un ambiente distinto. Es culta e inteligente, y sólo se casará cuando ella quiera.

—Esas son majaderías —exclamó la madre—. Se casará cuando tú dispongas.

Luis se volvió hacia la dama y la miró pensativamente.

—Beatriz no es doña Esther, mamá —dijo grave—, ten eso siempre presente. Beatriz posee una personalidad tan acusada y un modo de ser tan particular, que si la tratasen te asombrarías. Posee ideas tan propias que nadie será capaz de doblegarla.

—Entonces, ¿qué papel representas tú en su vida? —preguntó el padre.

—Hasta ahora no lo veo nada claro, si bien confío en que una vez casada sepa amoldarse a mí y a nuestras costumbres.

Y con esta convicción se sentaron a la mesa y dieron principio a la comida.

El abuelo se retiraba tarde. No tomaba café ni licores y fumaba poco debido a su estado de hipertensión, pero el nieto conocía un escondite donde el anciano marqués guardaba sus cigarrillos y una sabrosa botella de coñac. Cuando sus padres se retiraban, abuelo y nieto pasaban a la biblioteca y entre humo de ciga-

rrillo y sorbo y sorbo de coñac departían amigablemente. El abuelo tenía una exigua renta y de ella mantenía los extraordinarios le Luis, mientras éste se callaba ante su madre, la copita de coñac y los cigarrillos que se fumaba y bebía el marqués. Eran, pues, dos excelentes camaradas y cómplices, y lo que Luis no decía ante sus padres, no tenía reparo alguno en decirlo delante de su abuelo.

Aquella noche la conversación versó sobre los Gil. Luis parecía preocupado, mientras el anciano se mostraba optimista, tal vez pensando en la caja de habanos que iba a recibir al día siguiente.

—¿Cómo es la chica? —preguntó el abuelo de pronto.

—Muy atractiva. Peligrosamente atractiva.

—¿Por qué peligrosa?

—Porque corro el peligro de enamorarme de ella.

—Es lo normal.

—No por cierto. Un hombre enamorado es hombre perdido.

—Yo amé mucho a tu abuela y aún la lloro hoy.

—Era de tu clase.

El abuelo alzó los hombros despreocupado.

—¿Aún eres tan estúpido que piensas como tu madre? Hay que desterrar los prejuicios, Luis. Hoy en día la diferencia de clases y todas esas zarandajas son parruchas. Quien triunfa en la vida es don dinero.

—No siempre.

—¿Cuándo entonces?

—Dejemos eso.

—A mí me parece que no tienes segura a Beatriz, y eso te inquieta.

—En cierto modo, sí. Necesito tanto su dinero, que sin él, seré hombre perdido.

—Pues no te preocupes. Déjate amar y ama a tu vez. Es un consejo de viejo. No hagas caso de tu madre y deja de pensar un poco en la dote de tu novia. A mí, don Paulino me pareció un hombre excelente, y doña Esther una mujer franca, que posee una gran fortuna y no quiere que pase inadvertida.

—Es lo que me descompone, que sean tan vulgares los padres de mi novia.

—¿Crees que nosotros no somos vulgares? —rió el anciano, cachazudo—. Lo somos más que nadie, hijo mío. No seas absurdo pensando lo contrario. Somos como aves de rapiña y estamos dispuestos a saltar sobre los millones del fabricante al menor descuido. No hay seres más vulgares que nosotros, Luis, desengáñate.

Y bebiéndose una copita de coñac la paladeó con fruición y añadió:

—Ni nada tan sabroso como un coñac después de comer. ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué pena de vejez!

Beat
un ciga
En un c
yó un c
otro. D
bre que
niendo
su vez
Edu
inclinó
—En
—Ve
—Co
guir da
desenfa
Paseo I
—Ll
—¡G
Las
mino, p
diciara
este m
se detu
la cabe
—¡C
de sale
—D
lugar m
igual v

III

Beatriz conducía su "Pegaso" descapotable. Llevaba un cigarrillo entre los labios y con una mano conducía. En un cruce de calles los semáforos la detuvieron. Apoyó un codo en el volante y miró distraída a un lado y a otro. De súbito se quedó con los ojos fijos en el hombre que apoyado tranquilamente en el semáforo y teniendo un pitillo balanceante en la boca la miraba a su vez con insistencia.

Eduardo Boreño se echó a reír con desenfado y se inclinó un poco hacia ella.

—En mi vida vi ojos más bellos. ¿De qué color son?

—Verdes —replicó Beatriz sonriendo.

—Como los faros que esperas ver iluminar para seguir dando vueltecitas al volante. Oye —añadió con desenfado—, te invito a una "Coca-Cola" en el bar del Paseo Marítimo.

—Llevo otra dirección.

—¡Qué lástima!

Las luces verdes obligaron a Beatriz a seguir su camino, pero Eduardo Boreño no era hombre que desperdiciara una oportunidad. Con la mayor naturalidad de este mundo se colgó del estribo del auto y cuando éste se detuvo ante una elegante cafetería, Eduardo asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Cómo! —exclamó Beatriz asombrada—. ¿De dónde sale usted?

—Del estribo —explicó Boreño simpáticamente—. Un lugar nada cómodo, pero por ver tus ojos... ¡diantre!, igual viaje en un hilo telefónico.

—No me hacen ninguna gracia las humoradas.

Pero se la hacían. Sin conocerlo le era simpático aquel mal estudiante amigo de su hermano, y ahora que le conocía le resultaba aún más.

—Tienes expresión —dijo él sin inmutarse— de asimilar bien mis humoradas; aunque te advierto que no son humoradas, propiamente dicho. Por verte de cerca, repito que viajaría en un hilo telefónico.

—¿No cree que ya tiene añitos para jugar al escondite?

—¿Pues cuántos años tengo, corazón mío? —exclamó tan asombrado que Beatriz estuvo a punto de creer en la autenticidad de su asombro—. Te aseguro que soy un niño. Hace días que dejé los brazos de mamita.

A Beatriz no le gustaba que le tomaran el pelo y prefirió que el estrafalario personaje la conociera.

—Usted es muy amigo de Arturo Gil —dijo—. Yo soy su hermana.

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad! —rió flemático—. Ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Que lo sabía, bonita mía.

—Y no obstante no duda en hacerme perder el tiempo.

—¿Perder el tiempo? No entra en mi ánimo tal cosa, bonita Beatriz. Yo nunca pierdo el tiempo ni se lo hago perder a los demás. Baja y tomamos juntos un "Coca-cola" —y bajando la voz—: No puedo invitarte a este bar tan elegante frente al que has parado, porque la verdad... —Y antes de continuar hurgó en los bolsillos y volvió los borros de arriba abajo—, no dispongo más que de diez pesetas, y éstas, para colmo de males son las que me sobraron de los veinte duros que me prestó ayer mi patrona.

Beatriz iba a interrumpirle, pero él añadió presuroso:

—No debiera decierte estas cosas tan vulgares, pero la verdad es que yo soy sincero hasta la medula. ¿Bajas o qué?

Beatriz tenía las manos cruzadas sobre el volante y resultaba tan elegante y atractiva, que Eduardo Bore-

no se dijo que no había visto jamás conjunto de mujer tan completo.

—¿Bajas o no bajas? —preguntó, impacientándose.

—No bajo. Gracias por tu invitación —dijo tuteándolo con disimulada simpatía—, pero acudo a una cita.

—¡Ah! ¿Con ese papanatas del futuro marquesito? —Y con acento confidencial prosiguió—: No me gusta tu futuro marquesito. Es tan insoportable como su estirada mamá. Yo no tengo un real, pero no lo disimulo. En cambio él, que vive de crédito el pobrecito, ya ves, tiene más humos que un Creso y encima pretende llevarse una millonaria tan mona como tú.

Esta alusión le hizo a Beatriz un efecto pésimo. Iba a poner el auto en marcha cuando Eduardo Boreño le sujetó el volante y le dijo con la mayor naturalidad:

—No te pido que te cases conmigo, porque soy enemigo acérrimo del matrimonio, pero si te lo pidiera, daría mucho más aire a tu dinero que ese novio tan atildado que tienes.

—Oye —saltó Beatriz sinceramente indignada, indignación que no empuñeció al estudiante ni mucho menos—, en lo sucesivo harás muy bien en no dirigirme la palabra. Detesto a los entrometidos.

—¿Y qué sientes hacia los sinceros?

—Admiración.

—Gracias, bonita.

Y se inclinó ante la portezuela versallescamente. Beatriz puso el auto en marcha, pero una tenue sonrisa curvaba su bella boca. Era un hombre simpático, el tal Eduardo Boreño. Aun con su descaro, sus trajes sin planchar, sus zapatos sin brillo, y sus alusiones atrevidas, era un hombre agradable; un tipo de hombre con el cual no había tropezado ella jamás, y se prometió que para otra ocasión aceptaría la "Coca-cola" si para ese posterior encuentro disponía Boreño de diez pesetas, lo cual dudaba.

Luis la esperaba en una elegante cafetería. Beatriz aparcó el auto ante ésta y atravesó la calle a paso ligero y elástico, el de la chica moderna y decidida, segura de sí misma, que no teme a nada ni a nadie.

Vio a Luis recostado en el mostrador. Por primera vez pensó seriamente, aunque de modo fugaz, en las palabras de Arturo repetidas ahora por su amigo. ¿Sería cierto que Luis acudía a la miel de su dinero? Nunca se le había pasado tal cosa por la imaginación. Ella se hizo novia de Luis, como pudo serlo de Juan o Perico. ¿Si le amaba? Alzóse de hombros. ¿Existía en verdad el amor? Ella admiraba la sinceridad en los seres humanos. Ella era un ser absolutamente sincero. ¿Por qué no había de serlo Luis?

—Hola, cariño.

—Hola.

Luis la asió del brazo.

—¿Nos quedamos aquí o prefieres dar un paseo hasta el "Náutico"?

—Me es igual

Tampoco le agradaba imponer su gusto. No era una muchacha caprichosa, ya lo hemos dicho. Era real y consciente y no vivía de sueños ni le agradaba quien vivía de éstos. Prefería las realidades, aunque fueran feas. Hay que decir también que a Beatriz le tenía muy sin cuidado el que Luis fuera un futuro marqués, e incluso careciese de dinero. Lo que no soportaría sería que Luis le jurase amor y no lo sintiera. Y como era tan sincera y tan franca aún no se había percatado de que todo el mundo era igual.

—Entonces, si te parece, tomaremos aquí algo y luego iremos a bailar al "Náutico".

Así hicieron. Beatriz no mostraba interés por nada determinado. No sentía entusiasmo junto a Luis. Ni apasionamiento, ni deseó jamás estar a su lado constantemente como le ocurría a alguna de sus amigas. Para ella, Luis era un buen camarada, un compañero ameno, pero nunca había pensado en casarse con él. Del noviazgo se va al altar, mas ella aún no se había dado cuenta de eso. Luis intentó besarla muchas veces y Beatriz siempre se excusó aduciendo que no lo deseaba, y ella jamás hacía lo que el cuerpo y el espíritu no le pedían. Era una forma extraña de pensar, a juicio de Luis, pero soportaba estoicamente aquella indiferen-

cia, pues ya os habéis dado cuenta de que Luis Torres deseaba la dote de la mujer, pero aún no deseaba a la mujer misma.

* * *

—Tienes unos ojos que parecen nueces.

—¿Nueces buenas o malas?

Eduardo se echó a reir con su peculiar ironía y propinó una palmadita en el hombro de la criada rubia que sacaba brillo a sus zapatos y planchaba sus pantalones como nadie.

—Tan buenas —dijo— como el edificio que pienso dirigir tan pronto me den el título. Y plancha bien esos pantalones, corazoncito, que hoy estamos a primeros de mes y tengo dinero fresco.

La doncella se fue, sonriendo, y cuando la puerta se cerró tras ella, Aturo, que se hallaba sentado en el borde de la cama, soltó una alegre carcajada.

—Eres el colmo —dijo entre risas.

Eduardo se dejó caer en el borde de la mesita de noche. Estaba descalzo y vestía el pijama de rayas. Era una vergüenza pero sólo tenía dos. Uno azul y aquel que llevaba puesto, y cuando tenía los dos mojados —cosa que ocurría en la fonda con mucha frecuencia—, dormía en calzoncillos tranquilamente. Para Eduardo no había trabas en la vida, ni existía cosa alguna que lo asustara. Tenía un solo pantalón y si no se lo planchaban mientras dormía (y Eduardo sólo lo daba a planchar cuando recibía el dinero de su pensión), tenía que ponerse el pijama y esperar que le sacaran la raya al único traje de que disponía. En cuanto a camisas... ¡hum!, hacía mucho tiempo que Eduardo no perdía el tiempo en comprar ninguna. No usaba corbata porque decía que era un gasto superfluo, y poseía sólo dos pares de calcetines de espuma, y cuando los tenía mojados, iba sin ellos, sin que por ello se ruborizara. Crea que con lo dicho queda bien retratado nuestro amigo.

—¿Por qué soy el colmo? —preguntó.

—Porque no me explico cómo te aguantan.

—“Angel” que tiene uno.

—¿Sabes tus padres cómo vives?

—¿Y qué importa eso? Déjate de vulgaridades. ¿Me acompañas esta noche? Pienso resarcirme de todas las penurias de mes. Me gastaré lo de la pensión hasta el último céntimo.

—Yo, en tu lugar, lo guardaba para sostenerme hasta el mes próximo.

—Pero tú y yo, aparte de ser amigos, somos diferentes.

—Ya.

—¿Quieres un cigarrillo?

—¿De los buenos?

—Claro. ¿Cuándo no tengo yo buenos cigarrillos? Fumo o no fumo. Sé muy bien pasar sin fumar cuando no tengo "Partagás". Pero cuando cobro... Fuma.

Y le alargó la cajetilla.

—Oye, Arturo —dijo de súbito entre voluta y voluta—, a mí me gusta jugar con las cartas limpias. Soy un cínico. Lo dice mi padre. Yo no estoy tan seguro. No tengo la culpa de ver el mundo y la vida con cristales diferentes; pero ante todo soy sincero. Tan sincero, que a veces voy contra mí mismo.

—¿A dónde vas a parar?

—A Roma, no. Pienso quedarme aquí hasta que la rubia Petronila me traiga la ropa.

—Pues acaba de una vez.

—He conocido a la chica de los ojos verdes.

Arturo se puso en pie como impelido por un resorte.

—¿A mi hermana?

—Eso es.

—¿Cuándo... cuándo?

—Te has quedado lívido.

Arturo engulló saliva.

—Mira, Eduardo —dijo un si es no atragantado—, somos muy amigos y te estimo mucho. Pero quiero a mi hermana de tal manera, que le rompería la crisma a quien la hiciera sufrir.

—Ejem, ejem —se burló el estudiante—. ¿Y por qué no se la rompes al idiota de Luis?

—¡Eduardo!

—Perdona, chico. No pienso comerme a tu hermana

y como me gusta la sinceridad, te digo lo de Luis porque sé muy bien que no tiene ni un real.

—¿Y a ti qué te importa eso? —se enfadó Arturo.

—Es verdad que no me interesa, pero te estimo a ti y tu hermana me parece demasiado guapa para ir a dar a una familia tan poco considerada, pese a su prestigio.

—¿Sabes, Eduardo, que conoces demasiados detalles de una familia que jamás trataste?

—Hombre... en esta ciudad se conoce a todo el mundo.

—Pero tú sólo llevas aquí un curso.

—Se oyen cosas curiosas —dijo evasivo y añadió—: ¿Después de todo, qué nos importa todo esto? Tú y yo somos amigos, ¿no? Pues lo demás poco importa.

—Mi hermana importa mucho.

—No pienso comérmela, chico. Y basta que sea tu hermana para que yo la respete.

—Eso te lo pido desde el fondo de nuestra honrada amistad.

—Déjate de decir frases solemnes, ¡diantre!, tu hermana me gusta mucho, pero te lo prometo. Si bien no puedo prometerte dejar de hablar con ella.

—Te abstendrás de enamorarla.

Eduardo empezó a reír como un loco, hasta que se le soltaron las lágrimas.

—¿Quieres callarte? —chilló Arturo.

Eduardo no se calló, pero dijo:

—¿Crees posible, mi buen Arturo, que yo tenga poder para enamorar a tu inteligente hermana? Es de las mujeres que tienen el corazón tan rebelde como un gato y la flecha de Cupido es olímpicamente rechazada.

—Es una satisfacción. Si hay una mujer a quien yo admire de veras es a mi hermana.

—Y yo —rió flemático Eduardo.

Y como entraba la rubia Petronila en aquel instante con la ropa del tarambana colgada del brazo, le hizo una reverencia y exclamó:

—Eres un sol de mujer, Petronila de mis entrañas.

La humanidad de cuarenta años abrió los brazos.

—¡Ay, qué señorito este!

IV

La familia Gil rodeaba la mesa. Se terminaba el almuerzo y mientras don Paulino no se levantaba de la mesa nadie se movía. Era una familia de nuevos ricos, con sus manías de grandeza por parte de doña Esther y tal, pero el respeto al cabeza de familia había sido muy bien inculcado a los dos retoños, y lo que decía papá era sagrado para ambos. Ya no lo era tanto lo que decía mamá, pero esto lo ignoraba doña Esther, y se pavoneaba presumiendo de lo contrario.

Aquel mediodía, don Paulino no parecía dispuesto a dejar la mesa. Tomaba su jícara de café y fumaba su habano. Arturo disimulaba su impaciencia. Estaba citado con Boreño y el plan para aquella tarde se las prometía muy felices. Por su parte, Beatriz pensaba irse en su "Pegaso" a la playa, sola, porque a Beatriz le encantaba la soledad de vez en cuando.

Don Paulino expelió una bocanada de humo y dijo:

—Oye, Arturo, he oído referir en el club alguna de las genialidades de un amigo tuyo, de quien lo desconozco todo, excepto sus extravagancias.

—¿Te refieres a Eduardo Boreño?

—No sé cómo se llama ni me interesa. Pero sí me gustaría que eligieras otra clase de amistades.

—Es un gran amigo.

—Lo será. No pienso discutirlo, pero... me desagrada enormemente que te mezclen a sus genialidades. Y esta mañana oí, con hartó desagrado, mencionar tu nombre con el suyo y alguno más. Todos elementos de cuidado. Has terminado la carrera —añadió no severo,

pero sí muy serio—. No tienes, pues, por qué mezclarte con estudiantes retrasados que no terminarán nunca su carrera, porque les agrada la vida estudiantil desordenada.

—Te advierto, papá...

Don Paulino no le hizo caso. Contemplando su habano continuó:

—Nadie sabe de dónde es ese Eduardo, ni de dónde salió ni a dónde piensa ir cuando termine la carrera, que, dicho entre nosotros, no creo que la termine nunca.

—Te aseguro...

—Y no me agrada que mi hijo ande por burdeles y playas llamando la atención y despertando al vecindario.

—Yo...

—Así, pues, termina cuanto antes esa amistad y busca amigos que te honren, no amigos que te mengüen.

—¿Has terminado, papá?

Papá, muy sereno alzó los hombros y dijo que tenía mucho que decir aún, pero no lo creía necesario, pues esperaba una reacción sensata por su parte y que dejara a un lado todas aquellas amistades que le perjudicaban.

Arturo se acaloró y Beatriz esbozó una sardónica sonrisa. En cuanto a la madre, que lo ignoraba todo hasta aquel instante, quiso poner su pinito, pero el vozarrón de Arturo dirigiéndose a su padre se lo impidió:

—Yo sé muy bien de dónde es Eduardo y lo que hace. Es hijo de labradores y tiene sus cosas, no lo discuto, pero es un gran muchacho y su amistad no me perjudica en absoluto.

—¿Que no te perjudica un amigo que se pasa las noches de francachela, llamando la atención del vecindario?

—Esos son cuentos, papá.

—No son cuentos en modo alguno y tú lo sabes. ¿Estabas, acaso, en el lío que se armó frente al Ayuntamiento la noche pasada?

Arturo dio gracias al cielo que lo impulsó aquella

mencionada noche a regresar a casa desdefiando la invitación de Boreño.

—No sé a qué noche te refieres —dijo todo lo digno que pudo.

—¿Qué ocurrió, papá?

—Casi nada, hijita. Una pandilla de estudiantes, a la cabeza de los cuales iba el tarambana Boreño, le tocaron la serenata a las tres solteronas rancias que viven al otro lado del puente, y que son nada menos que cuñadas del juez. Las tres damas, que como sabéis tienen sesenta años y son gemelas, salieron al balcón indignadísimas y Boreño les recitó una poesía de Espronceda y luego les tiró una flor.

Beatriz hubo de hacer un esfuerzo para contener la risa. Arturo metió casi materialmente las narices en la copa de vino y doña Esther se indignó, pero nadie hizo caso de su indignación. El caballero añadió:

—La cosa no quedó ahí. Hay por allí cierto chalecito de no muy buena nota y vive en él una dama revestida de decencia, que es tan poco recomendable como su hogar. Pues bien, a esta dama la visita cierto caballere canoso que significa una alta personalidad en la ciudad y parece ser que no desea ser descubierto.

—No sigas, Paulino, por favor —se ruborizó su esposa.

Don Paulino hizo caso omiso de la interrupción y prosiguió:

—Los estudiantes, que dicho se de paso, lo saben todo, conocen a este caballere y sus aficiones, pues tras de indignar a las tres gemelas, y cuando éstas cerraron sus balcones, ellos callaron sus instrumentos musicales y se apostaron junto al chalecito en espera que apareciese el nocturno visitante. Cuando esto ocurrió, le rodearon, le quitaron el sombrero y el gabán, los zapatos y la camisa. Revistieron una escoba con esas ropas, de orejas le pusieron los zapatos, y se alejaron con su espartájaros, dejando a nuestro hombre medio desnudo en mitad de la plaza, y no conformes con esto se fueron al club con la escoba vestida y la colocaron, ante el asombro de todos, en medio de la sala.

Beatriz ya no pudo contener la risa, y su madre la miró severamente. El padre añadió:

—Como era de esperar, los metieron presos y durmieron todos en la Comisaría, pero armaron tal escándalo, diciendo que descubrirían el nombre del dueño de la ropa, que los dejaron libres.

—¿Y quién es el dueño de la ropa? —preguntó doña Esther, sin poder dominar su curiosidad.

—¡Ah! Eso no lo sé. No soy estudiante —replicó el esposo irónicamente—. Eso quizá lo sepa Arturo.

Este se sofocó:

—¿Yo? Claro que no lo sé.

—Bueno. Con todo lo que he dicho, no creo necesario añadir, Arturo, que esta amistad está de más para ti.

Y dicho lo cual se levantó, dando por finalizada la comida y la conversación. Su esposa le siguió a paso ligero.

—Paulino...

—Dime, querida.

—¿Quién era el... hombre?

—Tu futuro consuegro —rió irónicamente—. El respetable y honorable Felipe Torres.

—¿Qué?

—Ese.

—¡Qué escándalo, Dios santo!

—No tanto. Sólo lo sabemos unos pocos.

* * *

—No me mires así, no tengo monos en la cara —y Arturo salió del comedor, pero Beatriz le siguió hasta alcanzarle en la terraza.

—Tú conocías lo ocurrido —dijo—. Y si no estabas en la pandilla, no estarías muy lejos.

—Déjame en paz.

—Mira, Arturo, a mí nunca me asustaron las cosas de los estudiantes, ni soy una mojigata. Debo confesar que me hace gracia todo lo referido por papá, y aunque reconozco que tu amigo Boreño es un tarambana de tomo y lomo, no puedo negar que me es simpático.

Arturo se volvió en redondo.

—Pues que no te lo sea, ¿me oyes? Tiene razón papá. No es un amigo recomendable.

—Pero tú no piensas negarle tu amistad.

—Soy hombre y conozco a los ídem. Pero tú eres mujer. Ya sé —añadió molesto— que has logrado conocerlo, pero espero que de ahí no pase.

—Me agradó su desenvoltura casi desvergonzada —dijo tranquilamente.

Arturo se creció.

—Escucha, Bea, todo lo que dijo papá, y un poco más, que de saberlo le escandalizaría, es capaz Boreño. Cuando recibe la pensión que le envían sus padres no tiene freno ¿me entiendes? Yo, aunque lo estimo, y, como a ti, me resulta simpático, no dejo de reconocer que es vergonzoso que sus padres suden la tierra para darle una carrera a su hijo, y éste se gaste ese sudor sin un rubor ni un átomo de remordimiento de conciencia.

—¿Sabes acaso si sudan tanto como tú piensas?

—Son labradores, la cosa es obvia.

—¿Te lo ha dicho él?

Arturo se quedó con el pitillo en el aire y la boca abierta en ademán perplejo. Era cierto: Eduardo se había limitado a asentir la única vez que hablaron de ello.

—¡Qué sé yo! —exclamó impaciente—. Boreño habla de todo el mundo, pero nunca de sí mismo. De todos modos sé que sus padres son labradores, y que él nunca terminará la carrera. Y, por favor, deja ya de interesarte por ese hombre.

Y se alejó dejando a su hermana con la palabra en la boca.

Aquella tarde le tocaba a Beatriz visitar el barrio obrero. Lo hacía todos los lunes por orden de su padre. Los hijos de los obreros de una de las fábricas que su padre poseía en la provincia la conocían ya, y al aparecer ella por la calle corrían a su encuentro y Beatriz les entregaba paquetes de caramelos. Luego, siempre rodeada de niños, visitaba toda la barriada, casa por casa, dejando en cada una de éstas un donativo en metálico. Para estas visitas no usaba coche, le parecía una

provación y Beatriz era lo bastante sensata y sencilla para reconocerlo así. Empleaba en aquel recorrido más de cuatro horas, y luego, al terminar, como cualquier muchacha vulgar se adentraba en una cafetería del barrio y pedía un refresco y se fumaba un cigarrillo. Los lunes nunca se citaba con Luis. Y con gran asombro por parte de la muchacha, era la tarde del lunes cuando lo pasaba más entretenida y feliz. Beatriz reconocía que era aquello muy paradójico, pero nunca se detuvo a pensar por qué era así, ya que no lo creía necesario.

Cuando aquella tarde penetró en la cafetería se quedó suspensa. En la puerta, mirándola de forma rara, se hallaba el demonio de Eduardo Boreño.

—Me pareciste un verdadero ángel tutelar —dijo entre serio y guasón—. Y me pregunto: ¿No puedo ser yo otro de tus necesitados?

Beatriz hubo de sonreír. Merecía enfadarse, pero no podía. Aquel Boreño tan estrafalario, con el cabello cortado al rape, los ojos centelleantes y mal trajeado, resultaba, aunque a Beatriz le costara reconocerlo, un sujeto simpático, con una personalidad tan agudizada y tan distinta a las demás personalidades masculinas que ella conocía, que había de admitir a su pesar que la satisfacía el encuentro.

—Me parece —dijo burlona—, que tú estás sobrado de todo.

—Menos de ti. ¡Qué lástima que seas hermana de Arturo!

—¿Qué pensabas hacer de mí si no lo fuera?

—Nada que te disgustase, por supuesto —rió burlón, imitándola a ella—. ¿Tomamos juntos un "Coca-Cola"?

—Acepto.

Entraron juntos en la solitaria cafetería. Ocuparon una mesa al fondo del local, y Eduardo pidió la "Coca-Cola".

El camarero les sirvió y regresó tras la barra. El sol mortecino del atardecer entraba por puertas y ventanales, y el camarero, único ser viviente aparte de ellos, dormitaba ahora recostado en el mostrador, mientras escuchaba el último serial de la tarde.

Eduardo y Beatriz sentados frente a frente fumaban sendos cigarrillos. El contemplaba a la muchacha detenidamente, y en sus labios provocadores bailaba una tenue sonrisa burlona.

—¿Quieres cacahuètes o avellanas? —preguntó de pronto—. Ya sé que a una muchacha tan elegante no se le debe ofrecer comestible tan vulgar, pero... yo no soy ni poderoso ni elegante.

—Prefiero un "Coca-Cola" únicamente.

Eduardo apoyó los codos en el tablero de la mesa y la barbilla en las palmas abiertas. La miraba detenidamente y Beatriz se sintió por un instante profundamente analizada.

—No te asustes —dijo él—. No te miro para desconcertarte. Te miro porque eres la mujer más atractiva que he visto en mi vida. No digo bella, porque tú no lo eres.

—Gracias.

—¿Es que te importa ser bella?

—En absoluto.

—Eso está bien. La pedantería es terrible en una joven y tú no eres pedante. Oye, dime de verdad. ¿Te vas a casar con Torres?

—Prefiero mantener ese asunto muy al margen.

—¿Por qué?

—Porque es asunto mío tan sólo.

—¿No puede ser mío?

—Ahora eres tú quien me parece pedante.

Eduardo rió cachazudo.

—Eres estupenda. ¿Por qué te has hecho novia de Luis? Me revienta ese tipo. ¿No lo encuentras engreído?

—Te he dicho que dejes eso a un lado.

—Es verdad. Perdóname. ¿De qué hablamos?

—De tu fechoría nocturna. ¿Qué te parece?

Eduardo volvió a reír, pero esta vez tan escandalosamente, que Beatriz se asustó y el camarero le miró ceñudo. El serial estaba en el mejor momento. El protagonista iba a declararse y el camarero era un sentimental de tomo y lomo.

—No rías así —pidió Beatriz, molesta.

—Perdona, vidita.

—Y no me llames vidita.

—Perdona, amorcito.

—¡No me llames amorcito!

—Perdona, corazón.

—Si sigues por ese camino te dejo a ti y tu "Coca-Cola".

—Pobre Eduardo y pobre "Coca-Cola". ¿Te he dicho ya que sólo tengo las diez pesetas que cuesta este insignificante brebaje?

—No me lo has dicho, pero lo imaginaba.

—Es estupendo hablar con una chica tan comprensiva como tú. Lástima que te lleve ese peliculero de Luis.

—Oye...

—Es verdad. Perdona de nuevo mi intromisión. ¿Qué decíamos? ¡Ah, ah! Hablábamos de Luis.

—No —se impacientó Beatriz—. Hablábamos de tu última humorada.

—Niña, niña, que aquel asunto no es apto para menores.

—Escucha, Boreño, no sé por qué me resultas simpático.

—¿Ah, sí?

—No te burles, porque tengo poca paciencia y te aseguro que te dejo solo.

—Te seguiría, bonita mía.

—Si vuelves a llamarme esas ridiculeces...

—Creo que no reincidiré. Ibamos diciendo...

—Que me resultas simpático y además sé que mi hermano te aprecia de veras. Por eso déjame que te dé un consejo.

Boreño empezó a reír, pero el camarero le chistó. Se estaban besando los protagonistas y aquello interesaba mucho al camarero.

—¿Un consejo? —preguntó, dominando su hilaridad.

—Sí.

—Venga pues. Eres una chica guapa y merecerá la pena hacerte caso.

—Primero déjame que te pregunte algo que me intriga. ¿Por qué te rapas el pelo? ¿Imitas a Yul?

—¿Al peliculero? —rió Boreño, sardónico—. No, mi

guapa... Perdona. No, Beatriz Gil. Me lo rapo porque así me ahorro unas pesetas de peluquería y las molestias consiguientes. Yo no imito a nadie. Soy yo por encima de todo. Y, según opina mi padre, el peor engendro que ha dejado la Naturaleza en este mundo.

—Creo que tu padre tiene razón. Y a propósito de él. ¿No lo sacrificas demasiado?

Eduardo abrió los ojos asombrado. ¿Sacrificar a su padre? ¡Diantre! Claro que no. Si acaso era su padre quien lo sacrificaba a él.

Alzóse de hombros y exclamó:

—¡Quíá!

—Yo, en tu lugar, me sentiría avergonzada. Tus pobres padres labrando la tierra, sudando para darte una carrera. Y tú...

Otra vez abrió Eduardo los ojos casi hasta saltársele de las órbitas. ¿Qué leyenda hilvanaba aquella gente a su costa? ¡Era muy divertido!

—¡Ay, qué risa! —dijo regocijado.

—A mí, por el contrario, me parece todo muy serio.

—Y lo es, qué diantre. ¿Por qué no dejamos al señor duque en paz y me das el consejo?

—¿Quién es el señor duque?

—Mi padre —rió flemático.

Beatriz se impacientó de nuevo.

—Deja en paz a tu pobre y sacrificado padre y escucha mi consejo.

—Soy todo oídos. Pero te advierto que mi padre no es un sacrificado. ¿Sacrificado? ¡Ya!

—¿Consideras normal que se pase la vida trabajando para ti?

Y dale con lo mismo. Alzó de nuevo los hombros. ¿Por qué tenía la gente que pensar tales cosas si él jamás lo dijo? Allá ellos, después de todo.

—El consejo, Beatriz.

—Mira, deja al lado tus diversiones, estudia y da una alegría a tus padres.

—¿Y después?

—¿Cómo después? Pues después te considerarán un hombre consciente y digno.

—Si lo soy, mi bonita...

—¿Volvemos a lo mismo? Además es tarde. Tengo que marchar. Sigue mi consejo —añadió persuasiva, poniéndose en pie.

—Si me prometes pueda verte de vez en cuando, seguiré tu consejo.

—El lunes aquí mismo.

V

Don Felipe Torres andaba aquellos días de un humor insoportable. Reñía con la servidumbre, reñía con su hijo, y no se atrevía a reñir con su mujer, porque, ¡ay!, le tenía miedo.

Su suegro, el marqués, lo achacó a la falta de dinero, y como él siempre tenía algo en reserva y además poseía un corazón de mantequilla, le llamó a su despacho y le hizo sentar frente a él.

—Mira, Felipe, te veo tan malhumorado y tan fuera de ti que he considerado conveniente ofrecerte dinero, si es eso la causa de tu desasosiego.

—Se lo agradezco.

—¿Cuánto quieres?

—No se trata de dinero.

—¿No? ¿Entonces qué ocurre en esta casa que yo ignoro?

Don Felipe no podía decir lo que le ocurría, pero como en realidad le ocurrían varias cosas a la vez, decidió mencionar lo que afectaba a toda la familia.

—El asunto de la boda de Luis me trae de cabeza.

—¡Ah! ¿Es eso?

—Claro. Le hablé ayer y parece ser que la hija de ese fabricante panzudo no acaba de decidirse. Usted ya sabe que estamos muy mal. Vivimos de crédito, y esto ha de estallar un día cualquiera. Si Luis no se casa con esa joven, me veré precisado a hipotecar de nuevo el palacio y ya pesa sobre él una hipoteca a la cual he de hacer frente dentro de seis meses.

—Mal asunto.

—Y
—M
me hi
—E
—E
siempre
—N
sus m
—E
buen a
—C
hija, y
El
era su
lla, ter
el títu
casado
dos va
cuales
veían,
más d
entera
éste, a
Más ta
nuo co
ción d
do la r
su hijo
no ac
carta
rompió
to nec
casa e
—E
ciblem
—H
—E
—Y
—Z
—Q
Y e

—Y tan malo. ¿Qué me aconseja usted?

—Mira, hijo, yo te aconsejé muchas veces. Nunca me hiciste caso.

—¿Eso? No, y mil veces no.

—Es la única solución. Después de todo, Gerardo siempre ha sido generoso.

—No recurriré a él por nada del mundo. Que se coma sus millones.

—Es tu primo. Y en cierta ocasión te libró de un buen apuro.

—Cierto. Pero cuando pretendí casar a Luis con su hija, ya sabe usted el resultado.

El marqués mojó los labios con la lengua. Gerardo era su sobrino. Poseía enormes extensiones en Castilla, tenía millones. Vivía en Madrid y ostentaba además el título de duque de Mirator. ¡Casi nada! Se había casado con una mujer tan rica como él, y habían tenido dos vástagos, una hija y un hijo, a ninguno de los cuales conocía. Hacía más de quince años que no se veían, y cuando Felipe hizo una de las suyas y gastó más de la cuenta, entre los dos, para que Marta no se enterara, recurrieron clandestinamente a Gerardo, y éste, a vuelta de correo les envió la cantidad solicitada. Más tarde Felipe, que a juicio del marqués era tan ingenuo como cabeza loca, animado por la buena disposición del sobrino de su suegro, escribió a éste solicitando la mano de su hija Elena, a quien no conocía, para su hijo Luis. Gerardo contestó muy cortésmente, pero no accedió, y Felipe, impetuoso y altivo, envióle una carta ofensiva a la cual no obtuvo respuesta. Y así se rompió aquella amistad que, a juicio del marqués, tanto necesitaban. Desde entonces, pronunciar en aquella casa el nombre del duque era provocar una catástrofe.

—El resultado era de prever —adujo el anciano apaciblemente.

—He dicho que no.

—Está bien, hombre. Pues que Luis apresure la boda.

—Ya le hablé al respecto.

—¿Y qué ha decidido?

—Que hablaría seriamente con su novia.

Y en aquel instante estaba hablando.

—Beatriz, he pensado... que debemos casarnos.
La joven alzó los ojos. Estaba muy lejos, de Luis en aquel instante y al oír la palabra casar bajó de las nubes.

—¿Casarnos? ¿Por qué?

—Es lo lógico, ¿no?

—Lo es, pero no tengo ninguna prisa.

Luis dominó su impaciencia.

—Sé razonable, Beatriz.

La joven frunció el ceño.

—¿Cuándo dejé de serlo?

—En este instante.

—No te comprendo.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—Y yo te digo que no tengo prisa en casarme. Que no he pensado nunca en eso aún, y que no estoy dispuesta a hacerlo cuando tú digas, sólo porque lo digas tú.

—Soy tu novio, ¿no?

—Por supuesto.

—Pues no te comprendo. Aunque, en verdad, no comprendo muchas cosas de las que ocurren.

—¿Qué cosas?

—¿Crees razonable que seamos novios y no me hayas dado nunca un beso?

Beatriz sonrió, sarcástica.

—Mira, Luis, me aguantas porque quieres. Yo no te obligo. No te di nunca un beso porque no lo deseé. Cuando lo desee, no será preciso que me lo pidas, te lo daré yo.

—Dejemos eso a un lado. No pienso forzarte; pero el asunto de la boda está sobre el tapete y es lo que trato de solucionar. Considero conveniente formalizar las relaciones. Mis padres irán a tu casa —dijo como si hiciese una concesión—. Beatriz empezó a pensar en aquel instante en las palabras de Eduardo Boreño y en las de su hermano, que venían a ser iguales—. Pedirán tu mano y yo pondré en tu dedo la sortija con el escudo de nuestra casa. Mi abuelo nos cederá el marquesado y tú serás marquesa.

Beatriz esbozó una sonrisa.

—Luis —dijo formalmente—, si me caso contigo, no lo

hago por el marquesado. Me importa un pepino llamar-me Beatriz a secas que marquesa Beatriz.

—Eres muy liberal.

—Soy como soy y, si te amara, tampoco me importaría que fueras pobre o rico, marqués o camarero.

—Pero me amas.

Beatriz se quedó suspensa, como si escudriñara en sí misma.

—No lo sé —dijo al fin con aterradora sencillez.

—¿Cómo?

—Si el amor es como lo pintan en los libros, por supuesto que no te amo.

A Luis empezaron a temblarle los labios. Hubo de hacer un tremendo esfuerzo para no estallar.

—¿Quieres decir —susurró, atragantado—, que no estás segura de tu amor?

—Eso he querido decir.

—¡Cielos! ¿Sales con esas ahora?

—¿Y cuándo querías que saliera? ¿Después de casados?

—Beatriz, me asombras.

—Yo también estoy un poco asombrada. Te aseguro que cuando esta tarde salí de casa a tu encuentro, no pensaba esto. No, en modo alguno —dijo pensativamente—. Lo pensé en el curso de la conversación.

—¿Y qué debo pensar a mi vez?

La joven alzóse de hombros.

—No lo sé.

—Creo que será más conveniente pensar en ello en otra ocasión —indicó apaciguador, temiendo perderlo todo.

—Así lo considero yo también.

Cuando Luis lo dijo en casa aquella noche, hubo el consiguiente susto. Doña Marta se lanzó en improprios nada elegantes y don Felipe quedó aplanado. El marqués huyó de la quema en dirección al despacho, donde, a escondidas, se fumó uno de los puros habanos que le había regalado el fabricante.

• • •

Beatriz empujó la puerta de la alcoba de su hermano y entró. Arturo descansaba sobre el lecho, vestido y con un cigarrillo entre los labios. El sol inundaba la estancia y producía somnolencia.

—¿No sales? —preguntó la hermana.

—Luego. ¿Qué ocurre que parece conspirar?

—Tengo que decirte algo.

—Muy grave es, a juzgar por la expresión de tu rostro.

—Grave, no. Un dilema personal que me preocupa.

—Te ayudaré en lo que pueda. Siéntate y estalla.

Beatriz se sentó y encendió un cigarrillo. Se le notaba nerviosa y esto, a juicio de Arturo, era extraño, ya que su hermana era la ecuanimidad hecha mujer.

—En cierta ocasión me hablaste mal de Luis...

Arturo se sentó de golpe en el lecho y éste se agitó tanto como él.

—¿Es de Luis de quien vas a hablarme?

—Quiero que me repitas lo que me dijiste en cierta ocasión.

—No te comprendo.

—Luis me pidió que me casara con él y de pronto descubro que no lo deseo.

Arturo encendió precipitadamente un cigarrillo. Fumó aprisa, nervioso.

—¿Qué es lo que no deseas?

—Casarme.

—¿Con Luis o con nadie?

—Con nadie.

—Muy extraño.

—¿Qué es lo que te parece extraño?

—El que no desees casarte. Todas las chicas están locas por hacerlo.

—A mí no me interesa. Y es lo que quiero que me digas.

—¡Hum! ¿Qué debo decirte?

—Por qué, si soy su novia, no deseo casarme con él.

—Porque no le amas.

—Y si no le amo, ¿por qué lo he descubierto ahora?

—Mira, niña, hazte esos interrogantes a ti misma, pero no me fastidies a mí.

—Luis tiene mucha prisa en casarse. Tú, en cierta ocasión, dijiste que yo era un buen choyo para los Torres.

—¿He dicho eso?

—Sí. Lo has dicho y yo deseo que me expliques el porqué de tus palabras.

—Si tú ya lo estás pensando, ¿por qué me obligas a que te lo repita?

—Yo pienso únicamente. Tú hablaste.

—A mí, acertijos no.

—Arturo, sólo puedo hablar de esto contigo.

—Considero que debes hablar con mamá. Verás qué retahíla te saca. Ella desea a todo trance emparentar con esos marqueses arruinados y ellos..., ¡ejem!, te consideran un buen bocado para levantar el pabellón que se desmorona. ¿No deseabas que hablara? Pues ya hablé. Y que mamá me perdone habértelo dicho.

—Tú consideras que Luis no me ama. Que lo que desea es mi dinero.

—Yo no considero nada. Pero me consta que Luis tiene el corazón demasiado peludo para amar porque sí.

—Era lo único que deseaba saber.

—Pero no puedes fiarte de lo que yo pienso —adujo alarmado—. Fíate de ti misma, de tus sentimientos.

—Por la presente, no existe alteración alguna en mis sentimientos.

Se hallaba sentada en el brazo de un sillón, y balanceaba un pie embutido en una chinela de piel. Su semblante sereno y apacible sonreía con la mayor tranquilidad de este mundo, lo cual indicó a Arturo que no amaba en absoluto al futuro marquesito. Y como lo pensó lo dijo:

—Tú, Bea, no estás enamorada.

La joven puso en aquel instante expresión de curiosidad.

—¿Qué es el amor? ¿Lo sabes tú?

—Que a los veinte años salgas haciendo esas preguntas, me parece algo absurdo.

—No tengo la culpa de no haberme enamorado nunca.

—El amor, querida hermana, y conste que yo no estoy enamorado, es inquietud, ansiedad, deseo, pesar, grande y tenaz.

—Me das risa.

—Pues que no te la dé. Amar es sufrir y el que no sufre no ama. Es un desear constante y un dar y dar sin esperar nada a cambio. Cuando se ama de veras no se piensa en uno mismo sino en la felicidad del ser amado. Y procuramos por todos los medios complacerle y serle grato y no disgustarlo y mantenerle bella y optimista aunque te mueras de disgusto por dentro.

Beatriz le escuchaba con los ojos brillantes. Parecía súbitamente interesada en lo que decía su hermano.

—Yo —confesó con voz tenue— nunca sentí nada de eso.

—Porque no has amado. Porque Luis fue y es para ti la novedad del primer novio. Porque si le amaras estarías deseando que te pidiera en matrimonio. El amor, querida Beatriz, no sabe de esperas. Es, sin duda alguna, el sentimiento más hondo e impaciente que existe en el ser humano.

Se tiró al suelo y añadió burlón:

—Ahora que ya te di una lección preliminar amorosa, permíteme marchar. Estoy citado con los amigos.

—¿Boreño?

—¡Hum!

—Que te diviertas.

Y salió sin decirle que aquella tarde no vería a Boreño porque era lunes y estaba citado con ella...

* * *

Fue la primera vez en su vida de mujer que Beatriz Gil se sintió descontenta y molesta. Tomó una cerveza en la cafetería del barrio obrero y se fumó un cigarrillo. No se sentía desdeñada, por supuesto. Ella no era ni novia, ni siquiera amiga de Eduardo Boreño, pero el

hecho de que el hombre faltara a la cita ponía en su boca un sabor agri dulce y decepción en sus ojos. Después de pensar un poco en ello encogió los hombros, pagó la cerveza y salió a la calle. Hacía un calor sofocante y del asfalto subía un vaho insoportable.

“Me iré a casa —se dijo—. Tomaré el traje de baño y me iré a la playa. Hoy no deseo la compañía de nadie. Prefiero mi apacible soledad.”

Subió al primer autobús que le salió al paso. Este iba lleno de hombres y mujeres con cestos que regresaban de la ciudad próxima y dirigíanse a los pueblos cercanos. A Beatriz le hizo gracia la jerga de aquella gente, y no se sintió humillada por viajar con ellos unos pocos kilómetros. Ella no tenía orgullo ni era pedante como sus amigas, las cuales se hubieran sentido vejadas allí de pie en aquella plataforma, entremezcladas con los obreros y las mujeres de pueblo, enfundadas éstas en ordinarias ropas de percal.

Ella no era como su madre. No tenía manía de grandezas. Sabía muy bien que poco antes de nacer ella su padre era un empleado y su madre la reina de un hogar sencillo y cristiano. ¿Que ahora poseían mucho dinero? ¡Bah! El dinero no lo era todo en la vida. Y si no, que se lo preguntaran a Eduardo Boreño, que siempre andaba sin blanca y no había ser más optimista y feliz en la ciudad.

Descendió del autobús pensando en Eduardo. ¡Mucho pensaba ella en aquel diablo de hombre de cabeza rapada y ojos centelleantes, que con tanta facilidad se olvidaba de las citas... ¿Haría igual con todas las muchachas? ¿A cuántas habría invitado, para olvidar, luego, hora y lugar de la cita? Bueno, después de todo, a ella... ¿qué?

Llegó a casa y tras de explicar a su padre lo que hiciera, como todos los lunes, se fue a la playa. A aquella hora crepuscular había poca gente. Pudo darse un baño con toda tranquilidad y nadar de un lado a otro sin que nadie le estorbara. Llegó a casa a las nueve y la doncella le dijo:

—Han llamado a la señorita por teléfono.

—¿Quién?

—No dijo su nombre.

Alzó los hombros. Luis, seguramente. ¡Bah!

Estaban comiendo cuando la doncella le dijo de nuevo que la llamaban por teléfono. Se puso en pie con desgana y atravesó el comedor y luego el pasillo, yendo a la salita del fondo.

—Dígame.

—Hola.

¿Eduardo Boreño? Sí; sólo él podía pronunciar aquel “hola” burlón y alegre a la vez. Sin saber por qué, se sintió animada.

—Hola, olvidadizo.

—¿Sabes por qué no fui?

—Mentiras no, amigo.

Y al hablar dio con el pie a la puerta y la cerró.

—Soy el hombre más sincero de la tierra, bonita mía.

—Harás el favor de dejar tus lindezas para otra más cándida que yo. Y a mí trátame como lo que soy: una mujer sincera y verdadera que detesta las humordas fuera le tono. Y si no es así, no te concedo mi amistad.

—Beatriz, no me hables así, que me estás gustando demasiado.

—¿Otra vez?

—Créelo o no, allá tú, pero si no fui a la cita ahí tienes la razón.

—¿Dónde?

—En lo mucho que me gustas. Y como no soy hombre que se case, pues sé que no soy capaz de ser fiel a una mujer seis meses seguidos, y tú eres la hermana de mi mejor amigo, pues... la continuación huelga.

—¿Sabes que me pareces muy vanidoso?

—¿...?

—Supongo que no vas a ser tan crédulo como para imaginar que yo me voy a enamorar de ti.

—¡Ay, cariño! Eso es lo más normal.

A Beatriz le dio rabia aquella convicción masculina, y dijo impulsiva, con aquel su arranque que salía pocas veces a la superficie.

—Asumo todas las responsabilidades. Cuando te cites conmigo, acude. No tengo miedo.

—Pero me lo tengo yo, hermoso genio.

—No me irás a decir que después de tanto parapeto, de vestir una escoba con las ropas de un caballero desconocido y de tantas genialidades, eres, en el fondo, un cobarde.

—Acepto el reto, y por mi nombre que tú y yo nos medimos las fuerzas. Pero no quiero citas, bonita; me bastan los encuentros casuales.

—Perfectamente —dijo Beatriz con irritación.

Y colgó.

Cuando regresó al comedor iba pensativa y en el fondo malhumorada. ¿Qué se había creído aquel estrafalario hombre?

—¿Quién te llamaba? —preguntó la madre.

—Una amiga.

Y asombrada, se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que mentía. Alzó una ceja con perplejidad y se quedó más pensativa aún.

VI

La casualidad, como Eduardo la llamaba, no quiso unir a Beatriz y a aquél en toda la semana. A últimos de la que transcurría, y ya en principios de junio, próximas las vacaciones, Beatriz y Luis, que con gran asombro de Arturo seguían siendo novios, paseaban a lo largo del Paseo Marítimo cuando se encontraron con Boreño y otros dos estudiantes. Boreño saludó a Beatriz con su desenvoltura acostumbrada, pero, como es lógico, no se detuvo. Luis miró a su novia con extrañeza.

—¿Conoces a ése?

—Claro.

—¿Y de qué?

—Hombre, pues de verlo. ¿No lo conoces tú?

—A ése tiene que conocerlo todo el mundo —dijo desdenoso—. Si no se repara en él, pronto te hace reparar. Es de los tipos que me resultan odiosos.

Beatriz no soportaba las injusticias y consideró aquella de elevado calibre. Sin darse cuenta lo defendió con calor y Luis la escuchó asombrado.

—¿Por qué te resulta odioso? A mí me parece simpático. ¿Que es un estudiante pobre y mal vestido? Bueno, ¿y qué? ¿Acaso tiene él la culpa? Estimo que tu severidad al juzgarlo es algo ligera.

—¿Ligera? ¿Acaso ignoras sus fechorías?

—¡Bah! Propias de estudiantes.

Luis se detuvo en seco y no pudo disimular su indignación.

—Beatriz —clamó—. O has perdido el juicio o te complace llevarme la contraria. Sus fechorías, a las

que tú consideras propias de estudiantes —recalcó—, yo las llamo canalladas. Y estimo que un hombre de treinta años ha de tener más juicio. Máxime si, como dices, sus padres se sacrifican para darle una carrera. Por otra parte, a mí me fastidia que mi novia salude a un tipo así en plena calle y yendo conmigo además.

—No te pongas dramático que no merece la pena.

—Eso digo yo. Sería dar demasiada importancia a ese hombre si por él vamos a regañar tú y yo.

Trataban de aparentar indiferencia, pero ni uno ni otro lo consiguió, y cuando se separaron, ambos se despidieron con frialdad.

Eran las diez de la noche y estaba oscuro. Beatriz empujó la alta cancela y entró en el parque. Era sábado y sus padres iban al teatro y no regresaban hasta las dos o las tres de la madrugada. Los sábados eran los días que aprovechaba Arturo para irse de juerga con los amigos y Beatriz nunca pensó delatarlo.

Atravesaba el parque a paso lento, cuando sintió que la chistaban. Dio la vuelta en redondo y estuvo a punto de lanzar un grito. De un banco del parque, oculto bajo la copa del árbol, surgió Eduardo Boreño, riendo con la mayor desfachatez. Beatriz se creció. Indudablemente Boreño estaba allí sin conocimiento de Arturo, puesto que éste ignoraba aquella naciente amistad entre su amigo y ella. ¿Qué diría si lo supiera? El apreciaba al amigo, pero no toleraba que éste cortejara a su hermana. Ciertó que no la cortejaba, pero...

—¿Qué haces ahí?

—Esperándote.

—¿Lo sabe Arturo?

—¡Quiá! Me interesa la amistad de tu hermano—dijo con su habitual ironía—, tanto como tus ojos y no quiero que me rompa la crisma. ¿Ya ha dejado al marquesito?

—Márchate y déjate de ironizar.

—En modo alguno. Siéntate, cariño. Es delicioso tomar aquí el fresco.

Beatriz lo dudó un instante, pero como en realidad tenía ganas de hablar y en casa sólo estaba la servidumbre, optó por sentarse. Eduardo se quedó de pie.

Vestía un usado pantalón gris y la americana azul, y bajo ésta el jersey de algodón blanco. Ella, desde que lo conocía, no le vio otra ropa, y se preguntó intrigada qué clase de hombre era aquel que recibía su pensión y, según Arturo, se la gastaba en una sola noche haciendo locuras.

—Desde que me has citado —dijo deteniendo los pensamientos de la joven— no he vuelto a verte. El lunes acudí a la barriada y tú no fuiste.

—Lo hice por la mañana.

—Comprendo. ¿Y no pensaste en mí?

—Me decepcionas por tu desmedida vanidad.

Boreño empezó a reír divertido. Su risa en la quietud de la noche, produjo en Beatriz un extraño sobresalto.

—No soy vanidoso en modo alguno; lo que ocurre es que penetro en los sentimientos de mis semejantes antes de que éstos penetren en los míos. Sentóse junto a ella y la miró muy de cerca. Con raro acento dijo—: Es decepcionante.

—¿Qué es lo que te parece decepcionante?

—Que seas novia de Luis.

—¿Otra vez?

—Y siempre. Mira, Beatriz, ya te he dicho que yo soy un tipo muy franco y me gusta dar a cada cosa su nombre. Así como me das un poco de miedo para mi tranquilidad espiritual, así te digo que Luis Torres no es el hombre indicado para ti.

—Me gustaría oír los motivos que aduces para considerarlo así.

—Te ruborizarías —rió regocijado.

—No soy de las jóvenes que se ruborizan fácilmente.

—Lo cual me desagrada.

—¿...?

—Las chicas que no se ruborizan —explicó sin dejar de sonreír— son aquellas que se consideran seguras de sí mismas. Anteponen su inteligencia a todo sentimiento humano, y, por lo tanto, no se las engaña fácilmente. A mí —concluyó guasón— me gustaría engañarte a ti.

—Lo considero muy difícil.

—Y yo. —Hizo una rápida transición—. ¿De qué hablabamos? ¡Ah, sí! De Luisito.

—Por lo visto no os tenéis mucha simpatía.

—¿Tampoco él me la tiene? ¡Estupendo! No me gusta luchar con enemigos ocultos. —Y sin transición añadió—: ¿Sabes que marchó mañana?

—¿Que marchas?

—Sí. Voy a pasar el verano con mis padres.

—¿Sin aprobar?

—¿Y cómo iba a volverte a ver si aprobara? Tengo que suspender hasta que te haya besado.

—Pues entonces tendrás que pasarte la vida suspendiendo.

—No.

—¿No, qué?

—Que he de besarte pronto. ¿Hoy? No sé, no tengo muchos deseos, pero cuando los tenga...

Beatriz se puso en pie.

—Eres un cínico y no me explico cómo puedo darte conversación. Creí —añadió indignada— que mis razonamientos te harían comprender la vida tal como es, y observo que seguirás siendo un tarambana hasta el fin de tus días. Y no creas, no lo siento por ti, sino por tus pobres padres sacrificados. No hay derecho a que un hombre de tu edad gaste el dinero y pierda el tiempo, mientras los padres ahogan su vida en las faenas del campo.

—Cuando le diga al duque que te preocupas tanto por él se enternecerá —dijo con la mayor tranquilidad.

—No tienes piedad. Encima de estar malgastando el sudor de tus padres, te burlas de ellos.

—¿Yo? Mira, encanto mío...

—No me llames encanto tuyo.

—Bueno. ¿Cómo debo llamarte? Te aseguro que me voy, pero te llevo en la retina y en el corazón como la cáscara lleva el huevo. Y te advierto que si yo fuera de los adictos al matrimonio, te conquistaba. —Y con una risita burlona—: Ahí es nada, corazoncito, una linda joven, con unos ojos que enternecen a uno de pies a cabeza y cargada de millones. Decididamente, eres un choyo. ¡Hum!, bien lo sabe Luis Torres.

Beatriz ya no pudo más. Que la tasaran por el dinero la descomponía y que quien la tasase fuera aquel loco estudiante de ojos centelleantes, la descomponía aún más.

Giró en redondo e hizo intención de alejarse. Boreño la asió por el brazo, la acercó a sí con reconcentrado acento:

—Le hablaré de ti a la pobre de mi madre.

Beatriz dio un tirón y se alejó casi corriendo.

* * *

Beatriz se levantó tarde. Había dormido mal y tuvo feas pesadillas. Se duchó y se sintió ligera y casi optimista. Dejó su alcoba y descendió despacio hacia el salón, de donde salían voces. ¿Qué le ocurría a su padre que parecía tan enfadado?

—Buenos días —entró saludando.

Y abarcó el cuadro de una sola ojeada. Arturo se hallaba derrumbado sobre un diván. Estaba pálido y mojado como una sopa. Bajo sus pies había un charco de agua que manaba de sus pantalones y zapatos. No lejos de él la madre hacía aspavientos con los ojos y los brazos, si bien nadie le prestaba mucha atención. En medio de la estancia se hallaba el padre, enfurecido, agitado, como si fuera incapaz de contener su indignación. En aquel momento vociferaba:

—Y ya lo sabes, ¿no? Se terminaron las francachelas. Es una vergüenza que un hijo mío se pase la noche armando escándalo y encima venga así. ¡Una vergüenza, un desatino, una humillación para toda la familia!

Al padre no podía preguntarle nada en aquel instante. No razonaba. Beatriz se aproximó a su madre.

—¿Qué ocurre?

—Una vergüenza.

—Pero, ¿de qué vergüenza se trata?

—Tu hermano...

—¡Te callas! —vociferó el padre volviéndose a su esposa.

Doña Esther enmudeció. Don Paulino se acercó amenazador a su hijo. Arturo no rechistaba.

—Sube a tu alcoba y que no vuelva a verte en todo el día, ¿me oyes? Parece mentira que a estas alturas hagas esas felonías porque el sinvergüenza de Boreño haya querido despedirse con bombo y platillo.

—Te aseguro, papá... —empezó a decir Arturo.

Don Paulino le hizo callar con temible irritación.

—No quiero oírte decir media palabra. Y procura no presentarte ante mí en todo el resto de la semana. En la ciudad no se habla más que de esta gamberrada. Y se me cae la cara de vergüenza pensar que tú eras uno de los gamberros. Después de todo —añadió perdiendo por momentos la paciencia—, si se iba, que se fuera con mil demonios y dejara al vecindario en paz. Es el mayor escándalo del año, ¿me entiendes? Y tú estás metido en él.

—Papá...

—¡Cállate! ¡Sube a tu cuarto!

Arturo no se hizo repetir la orden. Lo estaba deseando porque hallábase mojado hasta los huesos y además quería escabullirse de la furia de su padre. Salió casi corriendo, y don Paulino se volvió al fin hacia su mujer y su hija y exclamó:

—Todo esto es de risa. Y si no fuera porque mi hijo estaba metido en el asunto, tendría que tomarlo a gritos.

—¿Qué ha ocurrido, papá?

—¿Ocurrido? Casi nada. Cuéntaselo, Esther, cuántaselo, yo no tengo paciencia.

Y salió a paso ligero, como si escapara de la quema.

Beatriz se sentó en el brazo del sillón frente a su madre y ésta se apresuró a referir lo ocurrido:

—Una vergüenza, querida mía.

—Sí, sí, mamá. Eso ya se lo oí a papá.

—Como ya sabes, ese Boreño es un canalla.

—Sí, quizá.

—¿Cómo quizá? Lo es, decididamente. ¡Ay! —clamó dramática, alzando los brazos al cielo—. Pobres, pobres padres sacrificados. Te aseguro que si los conociera les escribía notificándoles el poco provecho que saca su hijo de su trabajo.

—¿Quieres dejar de profundizar, mamá? Refiere escuetamente lo ocurrido.

La ex obrera le tenía un gran respeto a su esposo, y cuando él no estaba se aprovechaba para hacer uso de su tendencia a dramatizar. Cuando el marido se hallaba presente se frenaba, pero en aquel momento era la hija y no el marido quien la escuchaba.

—¡Y ahora que nosotros estábamos metidos en el mundillo social, viene tu hermano y nos avergüenza!

—Pero, mamá, ¿acabas o qué?

—Es que a ti también te perjudica, hija mía —exclamó la dama sin tacto alguno—. Es preciso que seas marquesa, y los Torres fueron vilmente humillados.

—No me interesa ser marquesa, mamá. Y no veo por qué han de perjudicarme las fechorías de Boreño.

—Pero las de tu hermano, sí, y él estaba en la pandilla. Has de saber que tu padre acaba de sacarlo de la comisaría.

—¿Qué?

—Eso. Allí están todos, y quiera Dios que el tal Boreño, promotor de todo el jaleo, no pueda tomar el tren.

—¿Qué dices?

—¿Eres tonta, Beatriz? Pues está bien claro.

—No acabo de comprender nada.

—¡Y tú has de ser marquesa, Beatriz!

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Quieres dejar el marquesado a un lado y contarme lo que ocurrió?

Doña Esther iba a meterse de lleno en el asunto, cuando una doncella asomó su redonda cara por la puerta y dijo que llamaban a la señorita por teléfono. Beatriz salió ligera y asió el receptor.

—Dígame.

—Hola, bonita mía.

Sólo Eduardo Boreño podía saludar de aquel modo despreocupado.

—¿No estás en la comisaría?

—¡Quiá! Mi cuñado el gobernador...

—¿Quieres dejarte de tonterías?

—Le llamé por teléfono y el comisario se disculpó

—siguió con la misma naturalidad—. Estos comisarios entrometidos que encierran a los jóvenes indefensos...

—Oye, sé que ocurrió algo grave. Pero aún ignoro qué. ¿Puedes decírmelo tú y dejarte de tonterías?

—Faltan cinco minutos para que salga el tren. Mi padre, el señor duque, ya sabrá a estas horas lo ocurrido, pues mi estirado cuñado el gobernador, ya se lo habrá soplado, y llevo las orejas tapadas para no oír lo que va a decirme.

Beatriz se impacientó.

—Tus majaderías me descomponen. Déjate de supuestas grandezas y hazme el favor de referir lo ocurrido.

—Pero, ¿no lo sabes? Metimos al visitante nocturno en la fuente de la Plaza de las Flores.

—¿Qué?

—Silba el tren. Adiós, encanto, bonita, ojos guapos, corazón, monadita.

—Oye...

—Hasta setiembre, pues aunque tenga que estar de rodillas todo el verano, volveré a ver tu ojos, vida de mi vida.

Y cortó.

—¿Con quién hablabas? —preguntó el padre tras ella.

—Con... con... con... una amiga.

Y se asustó, porque era ya la segunda vez que mentía por el endemoniado Boreño.

—¡Ah!

—¿Qué ocurrió, papá?

—¿No te lo contó tu madre?

—Se mete en tantas divagaciones, que se olvida del objetivo.

—Siempre fue igual. Siéntate si quieres que te lo cuente.

Se sentaron frente a frente y don Paulino encendió un cigarrillo con ademán impaciente.

—Hoy se marchaba Boreño.

—Se marchó.

—No; se marchaba. El tren acaba de salir y él está en la comisaría con los otros estudiantes. Yo fui a bus-

car a tu hermano y gracias a mi amistad con el comisario le dejaron salir.

Beatriz no quiso decir que Boreño, por lo que fuera, pues ella no creía en aquel gobernador imaginario, iba camino de su casa. De decirlo tendría que aclarar cómo lo había sabido, y su padre se pondría por las nubes. Y ya estaba casi a mitad de camino, entre la tierra y el firmamento, si a mal humor había que juzgarlo.

—Los que se quedan aquí —dijo el padre, deteniendo los pensamientos de su hija— acordaron despedir a Boreño por todo lo alto. Y como estos jóvenes, entre los cuales estaba tu hermano, no saben hacer las cosas más que fastidiando al prójimo, decidieron tomarlas de nuevo con el visitante nocturno a cierto chaletito de las afueras.

—¿A don Felipe?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó el padre, alarmado.

—Creí entendérselo a mamá.

—¡Maldita lengua mujeril!”, rezongó para sus adentros don Paulino.

—Tu madre entiende todo al revés. Claro que no era don Felipe. Nadie sabe aún quién es el tal visitante nocturno.

—Los estudiantes sí lo sabrán.

—Si lo saben se lo callan. Como te iba diciendo, una vez bien cenados y bien bebidos, y después de cansarse de fastidiar a las camareras del bar donde comieron, Boreño propuso bañar al pacífico señor ya mencionado. Cuando dicho señor atravesaba una calle, le salieron al paso, lo rodearon, lo cogieron en volandas y como un indefenso engendro le llevaron a la Plaza de las Flores y le colocaron bajo la fuente, hasta que el pobre hombre pidió auxilio. Acudieron dos alguaciles y el pobre señor huyó corriendo por temor a ser descubierto, y los gamberros, entre los que estaba tu hermano —esto era lo que descomponía al caballero—, bañaron a los guardias, se bañaron ellos y luego bailaron en la plaza, uños, mientras los otros tocaban las palmas. Boreño se subió a un farol, cantó a grito abierto eso del borracho y cuando llegó el comisario los llevó presos a todos, in-

chuyendo a los dos serenos. ¿No te parece muy divertido?

—¡Mucho! —no pudo menos de exclamar al tiempo de esbozar una sonrisa.

—Pues a mí me parece horrible —rezongó el caballero.

El iba a salir cuando entró su esposa con un ramo de flores en los brazos.

—¿Qué es eso? —preguntó el marido.

—Pásmate. Son de Eduardo Boreño.

—¿Qué?

Beatriz se echó a temblar.

—Son para mí —dijo la dama—. Escucha lo que dice la tarjeta.

“Para la dama más elegante, de su respetuoso admirador, Boreño.”

—Lo que faltaba —se volvió hacia su hija—. ¿Entiendes esto?

—No, papá.

—¿Qué vas a entender tú, mujer!

—Yo, sí.

—Las envió en desagravio a lo que hizo con Arturo.

—Arturo lo hizo por sí mismo —vociferó el caballero—. No necesita que nadie le empuje. ¡Tira esas flores!

Y doña Esther, alarmada, las tiró. Su esposo salió disparado y cuando regresó al mediodía dijo:

—Ese tiene las artes del demonio. Lo han soltado y se fue tranquilamente. ¿Por qué no seré yo gobernador de esta provincia?

Beatriz no necesitaba preguntar el nombre del que se había ido.

VII

Don Felipe había pillado un resfriado de tomo y lomo y andaba por la casona resoplando y con un humor de todos los demonios. Su esposa, doña Marta, lo achacaba al mal cariz que tomaban los asuntos económicos, y el marqués sonreía burlonamente, y aprovechándose de la confusión se fumaba los purazos que le regaló don Paulino y se bebía el coñac que a escondidas le traía la linda doncellita, la cual, por una propina, hacía verdaderos milagros malabaristas para ocultar la botella delatora bajo su delantalito de encaje.

—No me explico —dijo doña Marta con asombro— qué han hecho las doncellas para mojarle el traje azul de esa manera, Felipe. ¿No te lo pusiste ayer?

—No sé —dijo el esposo con expresión santurrona.

—Las goteras —observó el marqués.

—¿Qué goteras, papá?

—Mujer, las que hay.

—Aquí no tenemos goteras.

—Que te lo explique la servidumbre, mamá —intervino Luis.

—Ya lo pregunté.

—¿Y qué te han dicho? —preguntó don Felipe con menos expresión santurrona.

—Han dicho que no sabían cómo ha sido.

—Pues hay que tener más cuidado —se encolerizó don Felipe—. Ese es mi mejor traje.

—Pues te advierto que no sirve para nada. Talmente parece que han fregado el patio con él.

—Ya se sabe, hay mucho lodo por esa parte.

—¿Qué dices, papá?

—¿Es a mí, hija?

—No sé que tenga más padre que tú.

—Es verdad.

—¿Decías algo?

—¿Yo? No sé.

—Algo de lodo.

—¡Ah, sí! Repetía un pasaje de la obra que estoy leyendo.

Don Felipe se levantó. Dijo que se iba un rato al club. En torno a la mesa quedaron Luis, su abuelo y su madre.

—¿Ya sabéis lo ocurrido? —preguntó el primero.

—Yo sí.

—¿Qué es ello, papá?

—¿Es a mí?

—¿No has dicho que lo sabías?

—Yo no, querida.

—Hoy todos parecen alelados en esta casa.

—Ocurre, mamá, que los estudiantes han hecho una de las suyas. Ese loco de Boreño, cuyos padres se sacrifican para darle una carrera, se toma la vida a broma y armaron un jaleo en la Plaza de las Flores, hasta el punto de ir a parar todos presos.

—¿Qué dices?

—¡Ejem!

—¿Qué te pasa, papá?

—Este café es pésimo.

—No lo tomes. No te convienen los tóxicos. —Y volviéndose a su hijo—: ¿Qué hicieron, Luis?

—No lo sé en concreto, mamá. Lo estaban comentando en el club, y no presté mucha atención. Sé únicamente que bañaron a un transeúnte y se bañaron ellos.

—Hacia mucho calor —apuntó el marqués—. ¡Quién fuera joven!

—¡Papá!

—¿Qué pasa, hija?

—Eres demasiado indulgente con los estudiantes.

—Lo soy con todo el mundo —rió el anciano, pensando en todo lo que le había referido un piadoso amigo de tertulia—. ¡Pobre de mí, si no lo fuera!

—¿Y qué pasó después, hijo? —preguntó la dama volviéndose a Luis.

—Durmieron en la comisaría. Una escena de mal gusto.

—Ciertamente.

—Con vuestro permiso, me retiro —dijo el anciano—. Me apetece una siestecita.

—No fumes, papá.

—¿Yo? —se escandalizó, pensando en el purazo que le esperaba—. No fumo jamás, hija mía. Hasta luego, queridos.

Diez minutos después se le reunía Luis. Las ventanas de la alcoba estaban abiertas de par en par, pero Luis olfateó el humo del tabaco y arrugó la nariz.

—Abuelo, si aún fuese un cigarrillo corriente...

—¿Dices que hay mucha corriente? Tienes razón, hijo mío. Cierra la ventana. O mejor será que me dejes solo. ¡Tengo un sueño!...

—¿Y el puro?

—¿Qué puro, hijo?

El humo de dicho puro salía de entre las ropas del lecho. Luis se aproximó y el marqués hubo de sacar el cuerpo del delito.

—Es un purito de nada —dijo.

Luis hubo de reír.

—Es un puro de cuarenta pesetas, abuelo.

—¿Cuánto quieres?

—Nada. Temo por tu salud.

—¡Oh, mi salud! ¡Soy un tipo fuerte!
Y chupó el habano con entusiasmo.

Luis lo dejó por imposible. Sentóse en el brazo de una butaca y se quedó pensativo. El nada sabía del asunto de su padre. No imaginaba a don Felipe haciendo el amor a una mujer que no fuera su madre. Ni jamás se le había ocurrido asociarle al hombre que los estudiantes mojaron en la plaza. El marqués, en cambio, lo sabía todo, pero aquel todo no era lo que la ciudad seguramente creía. ¿Felipe entre faldas? De risa. No. Felipe entre cartas de póker, su único vicio, oculto siempre como un amor prohibido. Pero mujeres, no. La gente creía que en aquel chalecito se vendía amor, y no era cierto. Se jugaba, y eran muy pocos los que conocían el verdadero significado de aquel garito, y entre aquellos pocos Felipe, y de ahí su ruina, que cada día se hacía más inminente.

—¿Qué te ocurre, Luis?

—El asunto de Beatriz me tiene cada día más preocupado. Yo empecé de broma, empujado por vosotros. Mamá detesta a los nuevos ricos y no puede soportar a doña Esther, pero fue la primera en advertirme que Beatriz Gil era un buen partido para mí.

—¿Y bien?

—Ahora me interesa la mujer —dijo fuerte, poniéndose en pie—. ¿Me entiendes? La mujer, y me importa un ardite el dinero de ésta.

—Si te oye tu madre...

—No me importa mi madre ni nadie. Lo único que me importa es Beatriz y deseo casarme con ella, aunque tenga que estar todo el resto de mi existencia trabajando a pico y pala para ganar lo necesario para vivir.

—Muy romántico —rió flemático el anciano, expe-
liendo el humo con infinito placer—, pero muy poco po-
sitivo. ¿Se lo has dicho así a ella?

Luis se alejó hacia la puerta y dijo con pesar:

—A ella la veo cada día más distante.
Y salió. Don Gonzalo contempló el habano y filosofó:

—Sería hermoso que Beatriz fuese tan romántica como mi nieto y don Paulino tan dadivoso...

* * *

Fue un verano de mucho calor. La gente de posibles pasaba los veranos lejos de la ciudad. Bien en San Sebastián, bien en Santander o Gijón o cualquier playa de moda. Don Paulino Gil, detestaba el bullicio de las grandes capitales veraniegas, y para evitarlo adquirió una finca en el campo, con su piscina, su campo de golf y su pista de tenis. La finca se hallaba enclavada en un lugar solitario, a doscientos kilómetros de la ciudad, y si bien doña Esther prefería una playa de moda, donde poder lucir sus modelos y sus joyas, sus hijos y su marido preferían la quietud del campo, y una espléndida mañana de primeros de julio la servidumbre y sus señores hacia allí se fueron.

Arturo, perdonada su última fechoría, tenía por única compañera a su hermana y a la hija del administrador, una chiquilla de dieciocho años que desde un principio llamó la atención del aparejador. Doña Esther y su esposo nada notaron, pero Beatriz, más ducha en asuntos amorosos, se dio cuenta al momento del interés que Cristina Salgado despertaba en Arturo. No obstante se hizo la tonta. También a ella le agradaba Cristina, era bondadosa, ingenua, y su físico, sereno y apacible, guardaba armonía con su espíritu tranquilo y la clara y límpida sonrisa que de él emanaba.

Durante aquellos meses de absoluta tranquilidad, Beatriz pensó mucho, al tiempo de observar cómo el amor ponía en los ojos de Arturo una expresión nueva. Y en los de Cris, una ilusión que la hacía madurar de pronto. Pensó en sí mismo y en Luis. En el amor que

no había acudido a ella, pese a lo mucho que lo deseó. En las cartas que recibía de Luis, fogosas, apasionadas, y que, no obstante, la dejaban fría e indiferente. Y sin embargo ella seguía siendo novia de Luis. ¿Qué esperaba? ¿Que el amor surgiera de pronto? Contemplaba a Cris y a Arturo en silencio. Ellos sí sentían amor. Y no parecía un amor pasajero, no; era, por el contrario, un verdadero amor.

Una de aquellas tardes, que finalizaba el verano, pensaba en esto hallándose al lado de Cris, y de pronto preguntó:

—Cris, ¿qué es el amor? ¿Qué se siente? ¿Qué se piensa cuando se ama?

Cristina Salgado se ruborizó hasta la raíz del pelo. La pregunta hizo en ella el efecto, como si la pillaran en un delito imperdonable.

—Beatriz, yo...

—¿Qué te ocurre?

Cris se echó a llorar y Beatriz se asustó.

—¡Cris! ¿Por qué te pones así?

—¡Oh, Beatriz, yo...!

—Ya sé que amas a mi hermano y él te ama a ti. Eso me parece delicioso.

Cris reanudó sus sollozos. Con voz apenas perceptible dijo:

—Pero a tus padres no ha de parecerles tan delicioso.

—¡Ah! ¿Es eso? —la besó en el cabello y le dio unas palmaditas en la espalda—. Que ello no te preocupe.

—Me preocupa, me preocupa —gimió ahogada por la angustia—. Ya papá me lo advirtió cuando ibais a llegar. Me dijo que no podía enamorarme del señorito Arturo, porque él no quería perder su empleo, y los señores desearían, como es lógico, una rica heredera para su hijo.

—¿Eso dijo tu padre?

—Sí, sí, y tiene razón.

—No la tiene. Si Arturo te ama de veras y sé que te ama así, lo veo en sus ojos cuando te mira, saltará por encima de todo. El dinero tiene menguada importancia, tanto para Arturo como para mí. Y si bien a mamá le disgustará en un principio, papá se mostrará encantado.

—Me lo dices para animarme.

—Te digo la verdad. Vamos, dime qué se siente estando enamorada.

—Tienes novio.

Beatriz sonrió sin ganas.

—Sí. Lo extraño es que teniendo novio piense constantemente en otro hombre detestable, tarambana, sin sentido común, incapaz de hacer feliz a nadie.

Cris se la quedó mirando asombrada. Ella se enamoró de Arturo nada más conocerle. Y no entendía los intrincados recovecos psicológicos que le descubría su amiga.

—Sí —añadió Beatriz pensativamente, como si hiciera el descubrimiento en aquel instante, y éste la llenara de confusión—. Tengo novio y hasta hace poco creí que terminaría casándome con él, pero hete aquí que de súbito descubro en lo más recóndito de mi corazón un sentimiento cuyas reacciones acabo de preguntarte y ya no es preciso que me contestes. Las siento yo. Sueño con ese hombre durmiendo y despierta. Pienso en él de tal modo que todos los minutos de mi vida están acaparados.

—¡Beatriz!

—¿Te extraña? Pues es hijo de pobres y sacrificados labradores.

Ahora sí que se alarmó la muchachita.

—¿Y lo saben tus padres? —preguntó ahogándose a causa de la emoción, pues el hecho de que Beatriz pensara en un hombre pobre la acercaba más a ella.

—No. Si esto que siento es amor —dijo bajo, con de-

saliento— perderé el tiempo. Si existe un hombre que me sea negado en esta vida, es el pobre diablo que roba mis pensamientos.

Al anochecer de aquel día, Arturo buscó a su hermana en la penumbra de la biblioteca.

—Bea.

—Ven, Arturo. Estoy aquí.

—¿Qué haces sola y a oscuras?

—Pensaba.

—Cris me dijo...

—Sí —rió—. Imagino lo que te diría.

—Bea, yo creí que mis sentimientos me pertenecían por entero.

—Olvidándote de que el amor y el dinero, como dice el refrán, no pueden estar ocultos.

—¿Y ellos? —preguntó alarmado—. ¿Crees que papá y mamá sabrán...?

—No. Pero tu deber es decirlo, si de veras es Cris la mujer que deseas para el futuro de tu vida.

—Lo es.

—Pues habla.

—Tengo miedo.

—¿Miedo tú? Yo no lo tendría.

—Tú eres una chica valiente, pero yo soy un hombre temeroso en estas cuestiones. Recuerda que mamá desea un matrimonio brillante para nosotros.

—¿Y te importa la opinión de mamá?

—Es la de papá.

—Me extraña que amando seas tan pusilánime. Cuando se ama se defiende con uñas y dientes el sentimiento que ha de hacernos felices.

—Oye, no parece si no que estás enamorada.

—Tal vez lo estoy.

—¿De Luis?

—De quien sea. Defiende tus derechos. Yo estaré en

el debate y saldré en tu ayuda si considero que lo necesitas.

—Sea. Hablaré esta misma noche.

Y llegó la noche. Tomaban el café en el salón. Los padres se hallaban en el sofá, la mesa en medio con el servicio de café, y Beatriz hundida en una butaca, con las piernas cruzadas y un cigarrillo entre los labios. Arturo desasosegado iba de un lado a otro con súbita impaciencia.

—¿Quieres cesar en tus paseos, Arturo? —pidió el padre.

—Parece que tienes el baile de San Vito —indicó la dama.

Arturo esbozó una forzada sonrisa. Miró a su hermana y ésta le animó con un mudo ademán. Entonces Arturo se lanzó al ataque de este modo:

—Papá, mamá, tengo que hablaros.

Beatriz pensó: "Demasiado solemne. Yo lo diría con más sencillez y mayor euforia".

Doña Esther se apresuró a levantar los ojos. Don Paulino no se dio prisa alguna. Diríase que sabía de qué iba Arturo a hablar.

—¿Qué ocurre, Arturo? —se alarmó la madre.

—Siento que te voy a dar un disgusto, mamá.

—¿Qué?

—Que te lo voy a dar.

—Déjate de rodeos, Arturo —masculló don Paulino interviniendo por primera vez—. Acostúmbrate a decir claro las cosas, como hacen los hombres. —Y con desdén añadió—: Pareces una damisela asustada.

—¡Papá!

El caballero dobló una pierna sobre otra y rezongó:

—¿Es que no tienes más energía para defender tu amor?

—¿Qué?

Y Arturo a su pesar se estremeció. Por lo visto su

secreto era del dominio público. ¿Lo sabía también su madre? La miró. Esta tenía los ojos muy abiertos y una muda interrogante reflejada en ellos. Beatriz se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Eres demasiado ingenuo, Arturo —rió el padre, indiferente—. No sé si sabrás hacer feliz a una mujer tan deliciosa como Cris.

Ahora sí que doña Esther perdió el control. No se conformó con quedar de pie. Se alzó, fue hacia su hijo y le increpó:

—¿Es que piensas casarte con la hija del administrador?

—Sí —susurró Arturo, atragantado.

—¿Lo oyes, Paulino?

—Ya lo sabía —replicó éste tranquilamente, causando un tremendo regocijo a su hija.

—¿Y lo consientes? —doña Esther dramatizaba a sus anchas—. ¿Lo consientes? Nuestro único hijo, nuestro heredero... ¿Lo consientes, Paulino?

El marido alzóse de hombros, y descruzó las piernas, como si la postura le resultara incómoda. Y miró a su hijo diciendo: "Esta madre vuestra debiera ser peliculara en vez de madre".

—¡Paulino! —chilló doña Esther, perdidos los estribos—. Recuerda que hemos criado nuestros hijos para marqueses —y con desdén—: no para plebeyos.

Don Paulino mordisqueó el habano y se puso en pie.

—Déjate de dramas, Esther. Si todos los hombres pensáramos como tú, tú nunca te habrías casado.

—¡Paulino! —exclamó la mujer, anonadada.

—Deja que los chicos sean felices —dijo apaciblemente, dirigiéndose a la puerta—. Es lo único interesante en esta vida.

Y salió. Arturo escapó de la quema, apresurándose a seguir a su padre.

VIII

—¿Tú ves?

—¿Qué he de ver, mamá? —preguntó Beatriz tranquilamente.

—En qué se convierten mis sueños dorados.

—El amor es antes que nada. Voy a creer que papá es más humano que tú.

—Papá es un cabeza loca como tu hermano —y súbitamente consolada se sentó frente a la joven—. Tú, mi querida hija, no me darás ese disgusto.

Beatriz engulló saliva. Pensaba decírselo, pero no en aquel instante. Para susto, bastaba con uno por ahora. Cuando se tranquilizase, ella daría la noticia de su rompimiento con Luis.

—Tú serás marquesa —siguió la dama ignorante de los pensamientos de su hija—. Tú eres más sensata. Déjalos a ellos. Ya comprenderá algún día que yo tenía razón. ¡La hija del administrador! ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¿Qué dirán mis amigas cuando se enteren?

—Dirán que Arturo se ha convertido de niño en un hombre y piensa formar familia propia.

—¡Oh, oh! Pero con la hija de nuestro administrador... Es una humillación tremenda para nuestro orgullo y nuestro nombre.

Beatriz sintió sueño. ¿Por qué su madre sería tan

monótona? ¿Por qué tendría aquel don de grandeza, absurdo y fuera de lugar?

—¡Ah! ¡Qué desilusionada me siento!

—Pero, mamá.

—Yo que había soñado con veros salir de la iglesia entre condecoraciones y coronas... ¡Dios mío, qué fracaso!

—Esther —llamó el padre desde la terraza—. Déjate de declamar y vámonos a la cama.

—Este padre tuyo —dijo doña Esther obedeciendo— sigue siendo el ordinario empleadillo que era. Dios mío, qué poco armoniza con mi modo de ser. Yo me he pulido en seguida, ¿sabes, hija?, pero tu padre, el pobre es muy bueno, muy cariñoso, pero no se pulirá jamás.

Y besando a Beatriz, que quedó riendo, se fue dócilmente tras el esposo, que al subir las escaleras iba rezongando contra las manías de su mujer.

Días después, contra todo propósito hecho por doña Esther, el administrador y su hija comieron con la familia Gil en el gran comedor y se formalizaron las relaciones. Quedó acordado que la pareja se casaría a finales de verano y que el administrador y su hija se quedarían en la finca hasta tanto el señor Gil no organizase un pisito de amor en la ciudad para su hijo y su futura. Y como el verano tocaba a su fin, se decidió que regresarían a la ciudad.

Este viaje se efectuaba en dos coches. En el grande iban las doncellas y el matrimonio, y en el "Pegaso" iban los dos hermanos. Beatriz conducía y Arturo a su lado soñaba en voz alta:

—Es delicioso sentir esta plenitud, Beatriz. Me siento como traspasado a un paraíso espiritual del cual me costaría retroceder.

—¿Es eso el amor?

—Eso y mucho más que siente uno y que no acierto a expresar.

—Sin duda es hermoso el amor.

—Tú lo verás cuando te enamores de veras.

Por lo visto ignoraba que ella o estaba enamorada o a punto de enamorarse. Cris no le había dicho nada. Tanto mejor.

—¿Crees que merece la pena?

—¿Cómo? ¿No te fijas en mí? ¿No ves cómo he cambiado?

—Ya.

—Hace mucho que no te pregunto cómo van tus asuntos con Luis.

—¡Bah!

—¿Te casarás con él?

—No.

Y fue tan rotundo aquel no, que Arturo la miró desconcertado.

—¿Cómo? ¿Tan segura estás?

—Plenamente. Mientras no sienta lo que tú sientes, no me casaré —dijo con un sí es no burlona.

—Pero eres su novia.

—No.

—¿No?

—No. Luis tiene una carta en su poder escrita por mí hace tres días, en la cual le hago saber que no pienso casarme con él.

—¿Lo sabe... mamá?

—Aún no —y con súbita energía—: pero a mí no me asustan mamá ni papá. Quien ha de casarse y vivir con el compañero de toda mi vida soy yo, y defenderé mis derechos hasta el fin.

—Te admiro.

—Gracias.

Y sonrió sacástica.

—Oye —exclamó Arturo tras un silencio—. ¿Es que, después de tantos meses de relaciones, Luis no te inspira nada?

—En absoluto.

—O eres muy dura o amas a otro.

Beatriz alzóse de hombros.

—Nunca te comprendí mucho, pero ahora menos aún.

Beatriz no respondió. El auto siguió rodando y ambos fumaron sendos cigarrillos sumidos cada cual en sus propias reflexiones. De pronto dijo Beatriz, con indiferencia verdadera o fingida:

—Tu amigo Boreño no volverá a la ciudad a estudiar después de lo ocurrido, ¿no?

—Claro que vuelve. Mejor dicho, ya está allí.

El corazón femenino dio un golpetazo en el pecho.

—¿Quién... — ¡tubeó—, quién te lo ha dicho?

—He recibido carta fechada en la ciudad ayer tarde. Sigue tan loco como siempre, pero endiabladamente simpático. Dice que trae un traje nuevo. Que su padre el duque (siempre lo llama así al autor de sus días), le puso como condición que, o terminaba la carrera y se casaba... —hizo un alto y exclamó—: ¡Qué tonto soy! ¿Te leo la carta?

Beatriz dominó su ansiedad y dijo, todo lo serena que pudo:

—Si quieres.

—Claro que sí. Verás. Es simpática como él.

Desplegó el papel y leyó casi sin respirar. Beatriz, sin darse cuenta aminoró la marcha, y prestó más atención a la voz de su hermano que a conducir.

“Querido amigo en el bien y en el mal, y que los visitantes nocturnos nos perdonen: Aquí me tienes de regreso de un veraneo desesperante, en el cual me han tenido como sardina en lata, ahogado, escarnecido, hecho polvo sencillamente. He salido de la lata y me sacudí las escamas, como un perro se sacude el agua

cuando lo han tirado a un río o estanque. He saqueado a mi dulce madre todo el dinero que pude (despreciable vulgaridad de la vida), y me apresuré a sacar el billete antes de que mi padre, el duque, se volviese atrás. Porque has de saber que mi cuñado el gobernador le puso al tanto de mis andanzas en la ciudad, y mi señor padre estiró los bigotes, sacó su vozerón de coronel retirado y me dijo: "Se acabaron los estudios. Tú te quedas aquí y ocuparás el puesto de mayoral en la finca". ¡Ay! Me consideré muerto y casi lloré. Mis ojos se convirtieron en dos lagunas y mis señores padres casi se ahogan en ellas. Hice tan bien mi papel de mártir arrepentido, que mi dulce madre intercedió por mí, y mi estirado duque atusó el bigote, y su voz de coronel declamó: "Te doy de término este curso, al final del cual aprobarás y me presentarás a tu futura esposa". Yo, cándido e infelizote prometí cuanto quiso y aquí me tienes dispuesto a partirme el pecho de risa, porque lo que es yo... no me caso ni apruebo. Jamás he vivido tan feliz como ahora, y teniendo además a mi cuñado el gobernador en la provincia...

"Tu amigo que te espera con la boca seca. (Ya terminé todo el dinero, he empeñado los gemelos y el reloj y las camisas de popelín que me metió en la maleta mi dulce madre la duquesa).

"Un abrazo de tu fiel amigo.

"Eduardo."

"Nota: Tengo un traje nuevo que se aguantaba planchado todo el año y que trae bizca a

las chicas que recorren diariamente el Paseo Marítimo. Pero como también tengo un pantalón y una chaqueta deportiva, estoy tratando la venta del traje con Pablito Sánchez, que, como sabes le gusta un horror cambiar de traje todos los días. Le pedí cuatro mil pesetas y el muy palurdo está dudando. Creo que las pagará. Los hay idiotas, chico. Un nuevo abrazo de tu amigo..."

La voz de Arturo se extinguió.

—¿No te dejas algo por leer? ¿Qué dice ahí...?

Arturo rezongó entre dientes:

—Es para ti, pero...

—Léelo.

—Oye, Bea...

—Léelo, hombre. ¿A quién le tienes miedo? ¿A él o a mí?

—A ti, por supuesto.

—Pues no temas. Lee eso.

Y Arturo, a regañadientes, leyó:

"Dile a tu hermana, la futura marquesa, que aquí tiene a su petimetre Luisito con cara de anémico. Yo lo saludé a mi llegada al club, y el muy pedante dijo que no me conocía de nada. Yo me reí. Y aún sigo riéndome ahora, preguntándome si tu hermana será tan tonta como para hacer las delicias de un energúmeno semejante. Porque... ¿sabes, Arturito...?"

Aquí el joven hizo un alto.

—Sigue —apremió la hermana.

—Preferiría dejarlo así.

—No seas tonto.

Arturo concluyó de mala gana:

"Tu hermana es el bocado más exquisito que han probado los humanos. Lástima que yo sea un soltero recalcitrante."

Beatriz prestó de nuevo atención al volante y no hizo comentario alguno.

* * *

—No es posible, Arturito.

—No me llames Arturito, que no soy ningún imberbe y es muy posible.

—¿Tan bonita es la Dulcinea que así te ha puesto?

—Es una mujer virtuosa y bonita, sí, ¿qué pasa?

Eduardo —vestía de nuevo su raído pantalón gris y la chaqueta azul, pues el palurdo de Pablo Sánchez le había dado las cuatro mil pesetas por el traje que le costó a él menos de tres mil—, empezó a reír a mandíbula batiente.

—¿Quieres callarte?

Eduardo se calló, pero comentó filosófico:

—Me lo digo muchas veces: tiene que haber hombres avispados e ingenuos; como tiene que haber mujeres bobas y listas.

—No querrás decir que yo soy un ingenuo.

—Siento tener que decirte que lo eres.

—¡Eduardo!

—Lo eres, diantre. Todo hombre enamorado lo es.

—Me gustaría que tú te enamoraras de veras.

—¿Yo? —se espantó—. Sólo hay una mujer en este mundo —indicó flemático—, capaz de lograr de mí un poco de amor, y esta mujer es tan sensata, gracias a Dios, que me toma a broma. Ya sabrás —rió con la mayor tranquilidad e indiferencia— que me refiero a tu hermana.

—¿Qué?

—A tu hermana. Pero no temas. Ella se casará con el papanatas de Luisito. Y yo se lo agradezco.

—No se casará con Luis —dijo Arturo casi sin darse cuenta en un arranque de genio, pues le molestaba la ironía de su amigo.

Eduardo abrió unos ojos como platos.

—¿No? ¿Estás seguro?

—Lo estoy —exclamó irritado—. Y deja tu maldito sarcasmo. Me estás poniendo de muy mal humor.

—Virtud que tiene uno. ¿De modo que no habrá boda?

—¡¡No!! ¿Y quieres cambiar de tema?

—Me has partido por la mitad —rezongó Eduardo, y en su ironía no se dio cuenta que por primera vez hablaba en serio, aunque pareciese lo contrario—. Si no se casa con Luis, ¿qué hago yo?

—¿Cómo qué haces tú? Vivir muy al margen y dejarla en paz.

—Así pudiera.

—¡Eduardo!

—¿Qué demonios te pasa hoy? —consultó el reloj—. Lo siento, Arturo. Tengo un compromiso para esta tarde. He de dejarte. Cuando te llegue la hora del suicidio avisa, ese mes no podré gastar un real. Tendré que dejarlo para tu regalo.

Agitó la mano y se alejó tranquilamente, dejando a Arturo desconcertado.

Eduardo salió del café y atravesó la calle a paso ligero. No había diferencia alguna en este Eduardo del que paseaba por la ciudad meses antes. Su traje era el mismo, su cabeza rapada idéntica, y hasta la expresión humorística de sus ojos. Lo único que había nuevo en Eduardo eran los zapatos, pero éstos, al correr de unos meses, llegarían a estar sin suelas, como le ocurría todos los años.

Era lunes, y Eduardo, en el fondo de su ser, y aun-

que lo tomara a mofa consigo mismo, deseaba ver a Beatriz Gil, y a su encuentro iba. ¿Si había pensado en ella durante aquellos meses? ¡Hum!

Subió al primer trolebús que le salió al paso. Piropeó a una chica rubia que iba en la plataforma, y en respuesta al piropo ella le sonrió prometedora y Eduardo estuvo a punto de citarla para aquella tarde, si bien, al verle un diente de oro, desistió. Se apeó del trolebús y fue directamente a la cafetería del barrio obrero, por donde tenía que pasar Beatriz sin remedio. Eran ya las ocho y pico de la tarde y empezaba a anochecer cuando la vio cruzar la calle. Pasaba de largo junto a la cafetería, sin mirar a ésta. Vestía con sencillez un traje de chaqueta de un verde tenue, que resaltaba su pelo rojizo y la esbeltez de su cuerpo. Calzaba zapatos de un crema muy claro y bolso haciendo juego. Estaba moreña y sus verdes ojos parecían tener una tonalidad más oscura. Eduardo mojó los labios con la lengua. ¡Aquella mu- chacha estaba gustándole demasiado!

El conoció a muchas mujeres en el transcurso de su vida. Mujeres de alto copete y mujeres del arroyo y nunca se detuvo a pensar en una determinada. Todas pasaron por su vida sin dejar huella, como nubecillas de verano, que tras de sofocar se alejan y no vuelven hasta que sabe Dios cuándo y jamás se las recuerda con nostalgia.

Con ésta era distinto. Tanto que le habló a su madre de ello. Y lo hizo sin ironía, sin burla, seriamente. Todavía hoy no sabía decir por qué se puso tan serio para hablar de Beatriz Gil, él que jamás hacía en serio cosa alguna en la vida. Alzóse de hombros sin querer profundizar en aquellos pensamientos. Y atravesó la calle. Emparejó con ella sin que Beatriz, distraída como iba, se diera cuenta de que lo llevaba al lado.

—No me irás a decir que es Luisito Torres quien ocupa tus pensamientos.

Beatriz se volvió en redondo y se le quedó miranlo asombrada.

—¡Qué bonita estás, cariño mío! —exclamó él antes que la joven se recuperase—. Te favorece el color moreno. Y cómo brillan tus ojos. Y... —se echó a reir alegremente—. ¿Te ruborizas? ¡Diantre! ¿Desde cuándo se ruboriza Beatriz Gil?

—No seas ridículo —pidió con vocecilla temblorosa.



IX

Por toda respuesta, Eduardo la asió por el brazo.

—Ven —dijo sin ironía—. Vamos a meternos en este café. Es pronto aún para volver a casa, y puesto que Luis no te espera...

—¿Quién... quién te lo dijo?

—Tengo espías en todas partes.

Se dejó llevar. Se sentía desconcertada. El inesperado encuentro puso en su ser sobresalto, y en su corazón una ansiedad desconocida hasta entonces.

Si hasta aquel momento dudó del amor que profesaba a Eduardo, desde aquel instante ya no le cupo la menor duda. Era absurdo, fuera de lugar, inaudito, inconcebible, pero su amor por aquel demonio de hombre era una realidad. Una auténtica y aplastante realidad pues era lo peor que podía ocurrirle a una muchacha; enamorarse de un hombre loco y tarambana que tomaba la vida a broma, y ella, en contraste, era una mujer tal vez demasiado seria.

Eduardo, como si penetrara en sus pensamientos dijo:

—No temas, no te haré sufrir.

—¿Cómo?

—Ven, sentémonos en aquella esquina. Nadie nos verá. Seremos como dos seres anónimos en este mísero mundo.

Se sentaron frente a frente. Eduardo inclinó el busto hacia adelante y la miraba con atención, como si la viera por primera vez en aquel instante:

—Estás muy bonita —dijo sin poderse contener.

—Ya me lo has dicho.

—¿Sí? Tendré que repetirlo muchas veces.

—Pues cambia el tema, te lo agradezco.

—¿Es cierto que tus relaciones con Luis...?

—Lo es —cortó—. Pero no veo el porqué de tu interés.

—Es cierto —admitió pensativo—. No debiera interesarme por ello. No tengo derecho. La peor desgracia que podía ocurrirme es enamorarme de ti, y temo que me está sucediendo.

Después de una pausa añadió con sarcasmo:

—¿Qué quieres tomar?

—Cerveza.

—Dos cañas —pidió. Y volvió a mirarla—. Beatriz, permíteme que por una vez hable en serio.

—Te escucho.

—¿Por qué me miras así?

—Porque sin ironía eres nuevo para mí.

—Ya. Yo debo ser el irónico por excelencia. Sin ironía soy un hombre como los demás.

—Sí —dijo ella con cierto oculto reproche—. Y para no serio te parapetas con esa careta.

—Quizá... ¿De qué hablábamos?

—Dijiste que ibas a dejar la ironía a un lado por primera vez.

—Es cierto. No quiero enamorarme de ti.

—No te enamores.

—Pero es que se me retuercen las entrañas cuando pienso en no corresponder a tus sentimientos.

Beatriz se estiró. Hubo un destello de rabia en sus ojos.

—Eduardo, te aseguro que si sigues haciendo alarde de tu maldita vanidad...

—Siento que mi sinceridad no llame a la tuya.

Ella depuso su tirantez. Se angustió:

—¿Desde cuándo me amas, Beatriz?

—¿Yo? Tú ves visiones...

—Eres, para los efectos, una deliciosa criatura ingenua. En lides amorosas lo desconoces todo. Yo soy el perfecto maestro del amor. Nada relacionado con éste me pasa inadvertido.

Con brusquedad, Beatriz se puso en pie.

—¿A dónde vas? —preguntó él, extrañado.

—Te dejo.

—¿Cómo?

—He dicho que me voy a casa.

—Tu actitud la encuentro absurda. Por primera vez **estoy** hablando en serio con una mujer.

—Prefiero que continúes con tus ironías.

Eduardo alzóse de hombros.

—A las mujeres no hay quien las entienda —dijo depositando un billete sobre la mesa y saliendo tras ella—. **Oye, Beatriz,**

—Prefiero que me dejes.

—Pero si te estoy hablando en serio...

—¿En serio? —preguntó con voz alterada—. Y enumeras la cuantía de mi amor por ti y añades que no eres hombre que se case.

—Claro. ¿Quieres que te prometa lo que no pienso hacer en mi vida?

Beatriz se mordió los labios y detuvo un taxi que cruzaba en aquel instante.

—Pero, niña —bramó Eduardo—. ¿Quieres que te engañe?

Beatriz se perdía en el interior del auto y Boreño resopló malhumorado:

“Un rayo que las confunda a todas. Una vez que me

he decidido a ser sincero y reacciona así. Si las engañas protestan, si dices la verdad se ponen por la nubes. Al demonio las mujeres."

Cuando llegó a la fonda sus compañeros de estudio se disponían a cenar. Eduardo se sentó a la mesa, no sin antes dar una palmadita en las gordinflonas pantorri-llas de Petronila, y después propuso:

—Tengo un plan para esta noche.

Todos se pusieron en guardia. Los planes de Eduar-do tenían campanillas.

—Conmigo no cuentes —exclamó Pablito Sánchez.

—¿Cómo que no? Se trata de una serenata y tú to-cas muy bien la armónica. Y además, si te niegas te quito el traje.

—¿Qué? Te di por él cuatro mil pesetas.

—¿Dónde está el recibo? —preguntó Eduardo con es-peíuznante sangre fría.

Pablito se echó a temblar. Si Boreño se ponía en aquel plan, había que devolverle el traje y él perdía las cuatro mil pesetas. Decidió tocar la armónica.

—Si sólo es una serenata...

—Pues claro.

Otro de los muchachos protestó:

—Conmigo no cuentes. Tú, después de la serenata, querrás hacer una de las tuyas y yo no tengo deseo alguno de ir a la comisaría.

—¿Qué comisaría ni qué narices? ¿No habéis salido de allí?

—Ya —rezongó un tercero—. Pero tú saliste pronto y tranquilamente, aún ignoro hoy quién te sacó, y nos-otros perdimos el billete, y cuando llegamos a casa, tres días más tarde de lo previsto, mi padre me esperaba tras la puerta con un garrote.

—Eso es muy divertido. ¿Tocaremos hoy la serenata? Se trata de una rondalla formal. Nada de gamberradas.

—Diantre —rieron todos al verlo tan serio—. ¿Es

que te has enamorado y quieres animar el sueño de tu Dulcinea?

—Quiero demostrar a una chica que es más guapa que todas las mujeres reunidas.

—¡Atiza! ¿Es en serio?

—Si no te callas, Pablito, te quito el traje.

—¡Ejem, ejem!

—Me acompañaréis, ¿estamos de acuerdo?

—Lo estamos. Pero si se trata de meterte con don Felipe...

—Ya no me interesa don Felipe ni sus jugadas de póker. Hay algo más interesante en mi vida.

—¿Hasta cuándo?

—Me parece, Pablito, que te vas a quedar sin traje.

Pablito calló como si lo ahogaran, y tras de comer y beber, prepararon sus instrumentos.

* * *

Doña Esther se tiró del lecho despavorida. Sacudió a su marido pero éste dormía como un bendito, y ni la música ni las llamadas de su mujer lograron sacarlo de su sueño.

Doña Esther decidió enterarse por sí sola de lo que ocurría. Se puso una bata y salió de la alcoba con aire decidido.

La servidumbre se asomaba a las ventanas. Al ver al ama trataron de disimular su entusiasmo.

—Todo el mundo a la cama —ordenó doña Esther con voz de mando—. Y que nadie salga de su aposento.

Los criados se retiraron con pena, y doña Esther se dirigió a la habitación de su hija. Todo estaba en penumbra, pero pegada al visillo, en pijama y con los ojos muy abiertos, se hallaba Beatriz.

—Hija —declamó la dama.

La joven no se movió ni dejó de mirar hacia la calle,

donde Eduardo, capitaneando una docena de estudiantes apostados bajo el balcón de su cuarto, tocaban la serenata de modo magistral, llegando al alma de la joven.

—Beatriz —llamó doña Esther, perdiendo un poco su compostura de dama de otro siglo—, lo que estás haciendo es muy vulgar.

—Calla, mamá.

Mamá perdió la paciencia. Se acercó a su hija y con su propia mano la apartó del balcón.

—Pero, mamá...

—Es ridículo, vulgar, absurdo, que una joven distinguida como tú se aposte tras el balcón escuchando lo que tocan unos gamberros.

—Son los estudiantes mamá.

—Ya me lo imagino, a la cabeza de los cuales estará ese pobretón de Boreño. ¿A quién le toca? ¿A la doncella o a ti?

—Eso no importa. Lo hacen muy bien y quiero es-

—Son los estudiantes, mamá.

—¿Encima eso? ¿Que me calle yo para oír a esos gamberros? ¡Acuéstate, Bea! Y es una lástima que tu hermano haya ido a la finca, él les hubiera llamado la atención. Y tu padre durmiendo como si tal cosa. Y mañana todo el mundo hablará de esa rondalla y dirán que te han tocado a ti la serenata. Y Luis se pondrá por las nubes, ¡y con razón!

Beatriz se limitó a sonreír. Estuvo a punto de decirle que Luis y ella habían tenido la última conversación aquella misma tarde, pero no quiso amargarle la noche y se limitó a alzar los hombros. Los estudiantes continuaban tocando al pie del jardín y Eduardo Boreño cantaba algo con voz de barítono.

—Vuelve a la cama, Bea. Mañana se lo contaré a tu padre y les llamará la atención.

—Pero si lo hacen estupendamente.

—¿Qué dices? ¿Tú, una señorita distinguida prestando atención a estos probetones?

—Pero, mamá...

—A la cama, o de lo contrario les echo un cubo de agua encima.

Temió que lo hiciese y obedeció. La madre, después de decir unas cuantas cosas que a Beatriz le parecieron muy ridículas, se fue a su aposento. La rondalla estudiantil se perdía calle abajo y Beatriz cerró los ojos soñadora. ¿Qué había querido demostrarle Eduardo con aquella serenata?

Cuando a la mañana siguiente, Beatriz bajó al comedor, sus padres discutían. Don Paulino no salía de su habitual indiferencia. Doña Esther sulfurándose cada vez más. Tenía en la mano un ramo de frescas flores, y las sacudía a medida que hablaba.

—Y si ahora las tomó con nuestra hija, será cosa de que hables con el comisario.

—No seas pesada, Esther —pidió apaciblemente el caballero—, son cosas de muchachos.

—¿Pero no te das cuenta? Si las toma con Beatriz, todo el mundo lo sabrá y a los Torres no ha de gustarles...

—Los Torres, los Torres —se enfadó el marido—. ¿Sabes que ya estoy harto de esas relaciones de Beatriz?

—¡Paulino!

—Sí, sí, ya estoy harto. Harto de oírte hacer planes con el marquesado, que dicho sea de paso, me parece a mí que se tambalea cada vez más.

—¡Paulino!

—Y deja ya de pasarme esas flores por las narices, mujer.

—¡Qué ordinario eres, Paulino, qué ordinario!

El marido no se inmutó. Lo tomó a risa. Y al ver a su hija en el umbral, fue hacia ella, la besó y antes de salir dijo:

—Siento no haber oído la serenata con que te obsequiaron los estudiantes ayer noche. Ahí te dejo con tu madre, que está enfurecida porque un estudiante te envió flores.

Y corrió hacia la madre. Esta, con desdén se las entregó y dijo:

—Cuando Luis se entere...

—¿Se lo vas a decir tú, querida? —preguntó el caballero desde la puerta.

Doña Esther se agitó.

—A estas horas todos en la ciudad saben que los estudiantes le han tocado la serenata a nuestra hija.

—Hay que reconocer —dijo el padre— que los estudiantes tienen un gusto exquisito.

—¿Y te parece tan gracioso que las flores se las haya enviado Boreño?

¡Caray! Aquello no le parecía gracioso a don Paulino, pues dio la vuelta en redondo y arrancó rápidamente de manos de su hija la tarjeta que ésta leía.

“Tu rendido admirador te recuerda más cada día.

“Boreño.”

—¿Qué significa esto, Beatriz? —preguntó indignado.

—No sé, papá —replicó la joven tranquilamente.

—Detesto a estos hombres, Beatriz.

—Yo no, papá.

—¿Qué?

—¿Lo ves, Paulino?

—Tú te callas —y mirando a su hija con el ceño fruncido—: ¿Qué pasa aquí? ¿Fue ese Boreño quien organizó la serenata de ayer?

Su hija se encogió de hombros.

—No lo sé. Dice que me admira, ¿no? ¿Puedo evitar que un chico me admire?

—Ese, sí, por mil demonios.

—Pues tendrás que decírselo tú, papá, porque yo no pienso hacerlo.

—¡Pues claro que se lo diré —gritó el caballero—, y ahora mismo! Lo encuentro en el club todas las mañanas. Y se lo diré, ¿me entiendes? Una cosa es que me sea simpático y otra que ronde a mi hija.

Y salió.

Suspiró doña Esther:

—¡Ay, Dios mío, qué cosas ocurren! Y lo peor de todo será cuando se enteren los Torres. El marquesado...

Beatriz estaba muy enfadada y su enojo lo descargó en aquel instante.

—Si se enteran que se enteren, mamá. Ellos saben muy bien que no me voy a casar con Luis. Lo de Luis y mío se acabó.

Doña Esther no entendió bien.

—¿Qué dices, criatura?

—¡Que se acabó!

—¿Cómo?

—Acabándose.

—Tú... tú... tú... —se atragantó—, quieres matarme a disgustos.

—No, por Dios. Estoy diciendo la verdad. No me caso con Luis. No seré marquesa; no me interesan los blasones de los Torres ni sus prejuicios y ridiculeces. Quiero amar a mi marido, aunque sea más pobre que las ratas.

—¿Qué dices?

—Eso.

Doña Esther se sentó, o mejor dicho se dejó caer en un diván, con desaliento. A Beatriz le dio pena.

—Mamá...

—No me hables, no me hables. Es horrible lo que ocurre. Primero Arturo, ahora tú. Y todas mis esperanzas por tierra. ¿Pará qué trabajó tanto tu padre el

pobre? ¿Para qué nos sacrificamos? —gimoteó—. ¿Para que Arturo haga la vida muelle a una criatura vulgar, y tú te cases el día de mañana con un tipo como Boreño? ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

—Pero, mamá, papá trabaja por nuestra felicidad y ésta hemos de elegirla nosotros mismos no tú.

—Sois unos desagradecidos. Eso es lo que sois.

Beatriz salió de la estancia con el ramo de flores apretado sobre su pecho, y doña Esther corrió al teléfono y comunicó con el club.

—Deseo hablar con don Paulino Gil, mi esposo -- dijo con altivez un poco ridícula.

Al momento tenía a éste al otro lado.

—Paulino, esposo mío...

—Deja eso para los seriales, Esther —rezongó el marido.

—Hoy no soy comprendida en ningún sentido.

—Baja de las nubes y te comprenderá todo el mundo.

—¿Ya sabes lo ocurrido?

—Ocurren tantas cosas... ¿De qué se trata ahora?

—Luis y Beatriz han roto sus relaciones.

—Fue Beatriz quien las rompió, mujer —rió con la mayor indiferencia—. No creo a Luis Torres capaz de deshacerse de una preciosidad cargada de millones como es nuestra hija. ¿Alguna otra novedad, señora baronesa?

—¿Entonces, ya lo sabías?

—Claro.

—¿Te lo había dicho ella?

—Lo vi yo desde un principio. ¿Para qué crees que Dios me hizo padre? Hasta luego, querida. Estoy hablando con Boreño en este instante.

Y cortó. Doña Esther no supo hacer mejor cosa que echarse a llorar.

X

—Es usted Eduardo Boreño —dijo don Paulino sin preguntar.

—Si, señor —admitió éste sin conocer al caballero.

Y pese a su gesto cortés, continuó tomando la cerveza, apoyado en la barra del bar. Don Paulino nunca le vio de cerca y al verlo en aquel instante hubo de reconocer, a su pesar, que emanaba de él una gran simpatía. Otro, con el cráneo pelado, pensó don Paulino, hubiera parecido una bola de billar. Eduardo Boreño no. Tenía una cabeza hermosa como un romano imperial y unos ojos oscuros y pícaros que ya por sí solos iluminaban todo cuanto de noble había en su persona, y don Paulino, buen conocedor del alma humana, se dio cuenta de que aquel tarambana, pese a ser un loco despreocupado, era incapaz de hacer daño a nadie; daño en el sentido exacto de la palabra pues a organizar gamberradas no le ganaba nadie. Y a don Paulino, aunque riñera con su hijo, le hacían la mar de gracia aquellas travesuras de estudiante.

Muy serio, muy en su papel de padre severo, preguntó:

—¿No me conoce usted?

—No tengo ese honor —replicó Boreño, indiferente, sin gota de temor.

—Me llamo Paulino Gil.

—Mucho gusto. Mi nombre no se lo digo porque ya

lo sabe —de pronto dio un salto—. ¿Ha dicho Paulino Gil? —se atragantó—. Encantado de conocerle, señor Gil. Soy... soy un amigo de su hijo.

—Ya lo sé. ¿Y de mi hija, qué es usted?

—Ejem, ejem, soy... su admirador.

—Y para demostrar su admiración, no duda usted en tocarle la serenata y despertar a todo el vecindario.

—Es un vecindario muy alegre y les agradan las serenatas.

—En cambio a mí me gusta dormir.

—¡Qué poco romántico es usted!

—Boreño —apuntó el caballero con súbita severidad—. Yo no sé qué opinará el vecindario de sus serenatas. A mí, particularmente, me revientan, y a mi hija supongo que la tendrán sin cuidado. Por todo ello es pero que no vuelva a reincidir.

—Cuánto lo siento —se lamentó Eduardo con locos deseos de reír, pero resultándole muy simpático el nuevo rico—. Teníamos los instrumentos preparados para esta noche.

—Se abstendrán ustedes de tocarlos bajo los balcones de mi casa.

Eduardo no contestó al pronto. Parecía súbitamente pensativo.

—Señor Gil, ¿tendrá inconveniente en tomar conmigo una cerveza? Podemos sentarnos aquí —y bajando la voz añadió—: Disimuladamente somos el blanco de todas las miradas.

Don Paulino asintió mirando a un lado y a otro. Se dirigió a una apartada mesa y Boreño le siguió con dos cervezas y dos vasos. Sentados frente a frente se miraron.

—Usted dirá —empezó don Paulino, muy severo.

Eduardo engulló saliva, bebió un sorbo de cerveza y aclaró la voz. Quizá era aquella la primera vez en

su vida que se disponía a hablar sin ironía, sin segundo sentido.

—Señor Gil —empezó, pero se le dobló la lengua.

—Siga usted, joven.

—Yo... bueno, vamos a poner buena cara al mal tiempo y seamos sensatos.

—¿Es que yo no lo soy? —se engalló el caballero.

—Estoy refiriéndome a mí, señor Gil.

—¡Ah! Continúe y no gaste su saliva en filosofía ni frases altisonantes. Yo no soy estudiante ni nunca lo fui, y la fraseología de ustedes me da risa.

—¡Estupendo!

—¿Qué es estupendo? —y lo taladró con la mirada.

—Ejem, ejem, me está usted resultando muy difícil, señor Gil.

—Y usted gasta muchos rodeos para pedirme que le dé permiso para continuar tocando la serenata a mi hija.

—No pensaba pedirle eso.

—¿No?

—No, señor. Pensaba pedirle su mano.

—¿La mía?

—¿Y qué haría yo con su mano? No, la de su hija Beatriz.

Don Paulino dio un salto en la butaca y se quedó luego muy quieto mirando al joven, como si éste, en vez de ser un hombre, fuera un animalito de rara especie.

—Cuando este año estuve en casa —siguió Eduardo como si le dieran cuerda— les referí a mis padres lo ocurrido aquí. A decir verdad, ya lo sabían por mi cuñado... Pero yo me creí en el derecho de defenderme, ya que mi cuñado fue demasiado despiadado contando mis fechorías.

—Abreviemos —atajó el caballero.

—Eso es, abreviemos. Me negaron el permiso para volver a esta ciudad. Yo les di mi palabra de honor de

que me casaría. Añadí que estaba enamorado. En aquel entonces era una piadosa mentira; hoy es una realidad.

—¿Cuál es la realidad?

—Que estoy enamorado de su hija.

Don Paulino se puso en pie.

—Es usted muy simpático, pero crié y eduqué a mi hija para algo mejor. Lo siento, joven.

Se alejaba. Pero Eduardo fue tras él y le asió por una manga.

—Oigame.

El caballero se volvió a medias.

—¿Qué pasa?

—Me casaré con su hija. Y le advierto que siento odio africano hacia el matrimonio. Pero me casaré con ella o dejo de ser quien soy.

—Pues dejará de serlo, porque no se casará con ella.

Eduardo se rió en sus propias narices, pérdida ya la cortesía.

—Me casaré, señor Gil. Téngalo presente.

Don Paulino también rió, y siguió su camino tranquilamente.

* * *

No explicó en casa lo que había ocurrido. No recordó al joven Boreño, y si bien varias veces esbozó una sonrisa recordando las pretensiones del joven, en voz alta no dijo nada.

Unicamente al finalizar la comida miró a su hija y advirtió con voz apacible:

—Tendrás mucho cuidado en verte con Eduardo Boreño. Detesto a las personas audaces como él.

Beatriz salió sin responder. Y cuando la puerta se cerró tras la joven la esposa preguntó:

—¿Por qué le has dicho eso?

—Porque tú lo estabas pensando y yo adiviné tus pensamientos.

—Gracias, querido.

Don Paulino se retiró a su despacho y Beatriz a su alcoba. El hecho de que su padre le prohibiera ver a Eduardo, acuciaba su deseo. No era Beatriz una joven dócil; al contrario, le agradaba darse gusto a sí misma, sin pensar en el gusto de los demás. Por otra parte, aún llevaba la serenata grabada en el alma, como una caricia, y en su corazón el perfume de las flores como un poema.

—Señorita, la llaman por teléfono. ¿Le paso aquí la comunicación? —preguntó la doncella.

Se estremeció. La llamaba Eduardo, sin duda alguna.

—Sí, pásala aquí.

Y se dirigió al teléfono.

—Dígame.

—Te quiero.

—¿Qué?

—Que estoy enamorado de ti.

—Eduardo... tus ironías...

—No son ironías.

—¿Que no son...?

—No y mil veces no. Yo bien quisiera que lo fueran. Mi soltería es hermosa, pero... Has entrado en mi vida como un brebaje embriagador y no puedo pasar más tiempo sin decírtelo. ¿Quieres ser mi novia, guapa?

El corazón de Beatriz golpeaba como loco en el pecho. La voz no podía salir de su garganta.

—¿Te has retirado, Beatriz?

—No —susurró.

—Escucha. Tengo que verte. Y si no sales de casa, adiestro a mi pandilla y la asalto.

—¿Qué asaltas?

—Tu casa. Y oye esto, he peleado cuanto pude para espantarte de mi corazón y mi cerebro. ¡Oh, sí! Pero no lo he conseguido. Por mil demonios que no. Tienes

que ser
dre de

—Edu
mujer

—¿Q
diferen

vida n
dad—:

rítimo.

—No
—¿C

—Q
mujere

Al c
—O

ves a
—No

amor
—Po

las de
ma cos

anhelo.

—Te
—Be

Y fu
ron pro

Eduar
propios

—Be
—Ir

cielo te

Y c

que ser mi novia, y luego mi esposa, y después la madre de tantos duquesitos como tendremos.

—Eduardo, ni siquiera para declarar el amor a una mujer eres formal.

—¿Quieres que declame? —y con voz enronquecida, diferente—: Beatriz, vida mía, tómame como soy y la vida nunca será monótona para ti. —Y con brusquedad—: Te espero junto al malecón, tras el paseo marítimo. Te espero ahora, bajo este sol invitador.

—No iré.

—¿Cómo?

—Que no iré. No te creo. Te has burlado de muchas mujeres, y quieres hacer de mí otra de tantas.

Al otro lado la voz se alteró enfadada:

—Oye, la primera vez que soy sincero y no te atreves a creer en mi sinceridad.

—No me atrevo. ¡Te has burlado tantas veces del amor!

—Por eso mismo. Ocurre así con frecuencia. Te burlas de una cosa, y cuando menos lo esperas, esa misma cosa la deseas para ti y su posesión es el mayor anhelo.

—Tengo miedo.

—Bendito miedo —susurró enternecido.

Y fueron aquellas palabras y el acento con que fueron pronunciadas las que le hicieron comprender que Eduardo, por una vez, no se estaba burlando de sus propios sentimientos.

—Beatriz, amor mío...

—Iré —dijo ella, vencida—. Iré al instante y que el cielo te castigue si te burlas de mí.

Y cortó.

* * *

El "Pegaso" frenó en seco, y Beatriz iba a descender, cuando Eduardo, tan mal trajeado como siempre, con su cabeza pelada y sus ojos centelleantes, subió a su lado y dijo con raro acento:

—Ponlo en marcha. Para acudir a una cita de amor, no se va en un auto tan escandaloso. Pero, puesto que has venido, hazme el favor de alejarte de aquí.

El "Pegaso" volvió a rodar, esta vez en dirección a una carretera solitaria. En su interior iba una Beatriz pálida y excitada y un Eduardo callado y serio. De pronto la mano de él cayó sobre los dedos redondos de la joven.

—Beatriz, pequeña... Estoy loco por ti. Loco de ansiedad y de miedo. Por primera vez en mi vida siento miedo, sí, un miedo raro a perderte, y aún no eres mía.

Ella nada dijo. No podía, aunque quisiera hablar en aquel instante. Los dedos de Eduardo, unos dedos febriles, diferentes, hacían fuerte presión en los suyos comunicándole su calor, y era este calor para Beatriz como besos amorosos llenos de fuego y pasión. Los besos que nunca recibió e iba a recibir en aquel instante supremo de su vida de mujer.

Eduardo mismo frenó el auto. Y la luz crepuscular, que ponía notas policromadas en la campiña, desdibujaron sus facciones. Beatriz sintióse atraída hacia él, y no supo, o no pudo o no quiso apartarse, y cuando los labios de Eduardo, unos labios hábiles, firmes, ardientes, cayeron sobre los suyos, Beatriz conoció lo que era el amor. Un amor que llenaba todo su ser, que le infundía valor y la llenaba de ansiedad y placer y un goce voluptuoso tan fuerte y ardiente como su primera inquietud. No fueron muchos besos; pero ellos

le dijeron a la joven hasta qué punto era amada y amaba.

Luis, Arturo, sus padres, las locuras de Eduardo, todo quedaba lejos. El hombre que la apresaba contra sí, que hablaba y hablaba ininteligiblemente, era otro, no aquel Eduardo burlón y sarcástico que poco a poco entró en su vida apoderándose de cuanto en ella había.

—Déjame, déjame ya —pidió ahogándose.

No la soltó. Pero la apartó un poco para mirarla a los ojos, y los de él estaban serios, fijos, quietos en los de ella.

Con voz ronca, distinta, susurró:

—Eres lo más honrado, lo mejor que hay en mi vida. Seré un loco, un inconsciente, un tarambana, pero para amarte y hacerte feliz soy lo más puro que se hizo en hombre.

La apretaba contra sí, y Beatriz se mantenía quieta, sojuzgada, como si su razón de vivir radicara en él únicamente. En aquel instante no pensó en que Eduardo Boreño era un pobre diablo mantenido por unos padres labradores que por él se sacrificaban. Ni en los suyos ni en su hermano, ni en la vida que tal vez iba a ser penosa junto al hombre inconstante. Pensó en ellos dos únicamente, en el amor que llegaba inesperadamente y lo arrollaba todo, en los besos fuertes, apretados, que buscaban su boca y producían en ella un placer indescriptible. Y pensó, casi sin darse cuenta, en los besos que siempre le negó a Luis, y entonces supo con certeza que en la negación iba el olvido de aquellos inútiles meses de relaciones. Y comprendió a Arturo y Cris que buscaban las soledades y comprendió asimismo a tantas parejas que antes le parecieron ridículas. Junto a Eduardo comprendió a toda la humanidad y más que a nadie se comprendió a sí misma. Aquello que sentía era amor y no espejismo. Era la verdad de su vida y se dio cuenta de que había

vivido esperando aquel instante, como otros esperan el pan o el agua, o el reo la absolución.

—No me dices nada, Beatriz —susurró la voz queda de Eduardo.

Y la apartaba un poco para mirarla, y ella, vencida, débil, bonita, dejaba sobre las pupilas de Eduardo su mirada honda, larga, acariciadora, de aquellos ojos verdes que parecían las olas ondulantes de la mar.

—Mi actitud es elocuente —dijo bajo, ruborizándose. Eduardo hubo de sonreír.

—De pronto te vuelves una niña. El amor es en ti como una constante caricia dirigida a un niño temeroso.

—Tú me has hecho así.

—No; mi amor.

—Sí, es cierto. Tu amor, que sin darme cuenta fue ardientemente esperado. Como si la vida me tuviera reservado este instante que provoca confusión en mi corazón y, en contraste, claridad en mi cerebro.

—Dilo otra vez, Beatriz.

—Confusión en mi corazón y claridad en mi cerebro para defender —añadió con súbita energía— los derechos de mi amor.

—Por encima de los razonamientos de tus padres, de tu hermano y del mundo entero.

—Si tú respondes, sí.

Eduardo la apretó más contra él. La tenía bajo el mirar centelleante de sus ojos, y ella, con los suyos muy abiertos y la boca plegada en un beso, le escuchaba, como si su razón de vivir se concentrase en las frases de Eduardo.

—He sido loco toda mi vida. He recorrido casi todas las Universidades de España. Empecé y dejé muchas carreras. He conocido a muchas mujeres, las he tenido y las he dejado sin pesar, sin remordimiento. Pero nunca sentí la necesidad de casarme para hacer mía a una

mujer
siendo
Porque
y mi
de mis
de ti,
dad, y
se die
veras.
ciudad
del ha
mida
locura
locura

Una
tendid
red, p
sus pr
briaga
briaga

Ter
dad. Y
los te
Ella t
pensar
via en
pobre
timo,

Se
la dor
sobres

—I
—R
La
do. A

mujer determinada. Y ahora sí. He luchado —añadió siendo cruel en su misma sinceridad— por olvidarte. Porque pasaras a ser una mujer más en mis sentidos, y mi corazón; pero no pude. Me burlé de mí mismo y de mis sentimientos, pero cuando le hablé a mi madre de ti, lo hice con fogosidad, con entusiasmo, con verdad, y ellos, mis padres, quizá más inteligentes que yo, se dieron cuenta que por primera vez yo amaba de veras. Por eso me dejaron volver a la ciudad. A tu ciudad, a tu lado. Y he venido con la misma ansiedad del hambriento y no me di cuenta. Aquí tienes resumida la existencia de un hombre que gozó haciendo locuras y de súbito comete la mejor y más deliciosa locura de su vida: enamorarse de verdad.

Una hora después estaba en casa, sola en su alcoba, tendida sobre el lecho con la cara vuelta hacia la pared, pensando y sintiendo aún los besos de Eduardo, sus promesas, sus frases que eran en su vida como embriagadores vasos de licor en una fiesta no menos embriagadora.

Tendría que hablarles a sus padres. Decirles la verdad. Y en aquel instante comprendió a su hermano, los temores que él sintió antes de confesar su amor. Ella también los sentía y le dolían las sienes de tanto pensar. Y su hermano llevaba ciertas ventajas. Su novia era una chica normal, decente, Eduardo era un pobre diablo con la carrera inconcluida y sin un céntimo, y lo que es peor, con fama de frívolo sin sentido.

Se hallaba en este debate consigo misma cuando la doncella la avisó que la llamaban por teléfono. Se sobresaltó. ¿Eduardo? Saltó del lecho y asió el receptor.

—Dígame.

—Beatriz...

La joven suspiró y pensó con más ansias en Eduardo. Aquella voz que pronunciaba su nombre era la de

Luis. Luis, que jamás dijo nada a sus sentidos ni a su corazón.

—Dime, Luis.

—No es posible que lo nuestro haya terminado.

—Pues así es, Luis, aunque lo consideres imposible.

—Tengo que verte. He de convencerte.

Tenía que saberlo y prefirió que lo supiera por ella, aunque la considerase loca como al mismo Eduardo.

—Me he enamorado, Luis, y enamorado de verdad.

—¿Qué dices?

—Que estoy enamorada y me voy a casar. No sé cuándo ni cómo, pero sí estoy segura de que lo haré.

—¿Quién... quién es él?

—Eduardo Boreño.

—¡No! ¡No es posible!

—Lo es —dijo enérgica.

—Pero, ¿estás loca? ¿Cómo puede serte fiel un hombre que ni siquiera es fiel a sí mismo?

Sonrió. Ella conocía a Eduardo. Lo conocía tal como era. Los demás, entre ellos Luis, conocían al hombre frívolo, casquivano. Ella conocía al hombre en sí. Y sabía que nunca jamás le sería infiel.

—Lo siento, Luis.

—No puedo creerlo, Beatriz. No lo concibo. ¿De qué vas a vivir con ese hombre, que a los treinta años no terminó la carrera?

Le dio rabia y por primera vez en su vida fue cruel y desconsiderada:

—Con lo mismo que hubiera vivido si me casara contigo. Con mi dinero.

Y cortó. Mirando fijamente el receptor, suspiró. Lo había herido, pero ella también estaba muy herida.

En aquel momento irrumpió su hermano en la estancia. Venía pálido y asustado. "Ya lo sabe —pensó la joven sin empequeñecerse—. Mejor. Cuanto antes lo sepa, antes me dejará tranquila."

—¿Es cierto lo que me dijo Eduardo?

—Sí.

—¿Estás loca? —gritó Arturo.

—¿También tú lo estás?

—Lo presentí desde el primer instante, por eso tuve miedo. El que te conoce te ama, es inevitable; pero ese...

—Es tu amigo.

—Sí —se agitó—. Pero nunca lo deseé para cuñado.

—Yo lo deseo para marido —dijo cortante—. Y será inútil cuanto digas o cuanto hagas. Me casaré con él cuando Eduardo lo disponga.

Y dicho lo cual salió de la habitación, dejando a su hermano con los ojos espantados.

XI

De nuevo se reunían todos en el salón. Doña Esther lo ignoraba todo. Don Paulino no ignoraba nada, pero esperaba que su hija hablara por sí sola y esperaba, asimismo, que expusiera sus razones para llevar a efecto la boda descabellada. Arturo, que se lo había referido a su padre creyendo darle una sorpresa, se extrañaba de que el autor de sus días no hiciera aspavientos y se mantuviera tan tranquilo. Beatriz, que les había citado en el salón, entró en éste erguida y serena y don Paulino pensó: "Una valiente muchacha. La admiro mucho."

—Papá, tengo novio —espetó con la mayor sangre fría.

Doña Esther se puso en guardia. Quiso decir algo, pero como nadie reparó en ello, se calló.

—¿Y bien? —preguntó el padre.

—Se llama Eduardo Boreño.

Don Paulino mordisqueó el habano. Doña Esther dio tal salto, que quedó erguida frente a su hija.

—¿Qué dices, loca? —preguntó estupefacta.

Beatriz la miró. Indudablemente daba poca importancia al salto, al grito y al insulto de su madre. Volvió los ojos hacia el autor de sus días. Pero doña Esther vociferó:

—¿Has oído, Paulino? ¿Has oído lo que dijo esta loca criatura?

—Me limpiaron los oídos el sábado, Esther. Oigo perfectamente.

—¿Y te quedas tan tranquilo?

Don Paulino alzó los hombros, y sin responder a su mujer, miró a su hija.

—Oye, Beatriz, el hecho de que ames a un hombre sin fortuna no me duele...

—¡Paulino!

—Cállate, Esther —pidió sin mirarla—. Y no me interrumpas. Deja tus declamaciones para cuando te quedes sola con Beatriz. Hija mía, ayer te tocó la serenata, esta mañana me lo encontré en el club, no sé si te lo diría.

—No me lo dijo.

—No importa. Le pedí que no volviera a tocar esos instrumentos infernales bajo los balcones de esta casa, y me pidió tu mano. Me quedé asombrado. Admiro su audacia, pero no deseo tenerlo por yerno.

—Yo le amo.

—Ya lo veo.

—Y quiero casarme con él.

—Arturo —chilló doña Esther—, tráeme el frasco de sales. Me desmayo.

—Espera un poco, mujer —pidió el esposo con la mayor tranquilidad—. Quizá aún podamos disuadir a tu hija.

—Pero si está loca. ¿No ves que lo está?

—No sé quién está más loco aquí, pero en fin...

—Has de prohibir esas relaciones, Paulino.

—¿Quieres callarte, Esther? Por dos veces me has interrumpido.

La mujer aquella vez no se podía callar. Se plantó entre el marido y la hija y exclamó como si estuviera representando un drama:

—¿Y para qué me has regalado el modeto de Dior y el collar de brillantes? ¿Para asistir a la boda de mi

hija, mi propia hija, con un labrador? No, y mil veces no, Paulino. Si tú lo consientes yo jamás lo consentiré, ¿me oyes?

—Te oigo.

—Pues ya lo sabes.

—Mamá.

—Tú no me hables, hija desnaturalizada. ¿Enamorarse de un diablo semejante? ¡Nunca!

—No te llevo más al teatro, Esther —dijo el marido con la mayor tranquilidad—. Copias de todos los cómicos y a mí me das siete patadas en el estómago.

—¡Paulino!

—¿Quieres callarte de una maldita vez? ¿Quién es aquí el cabeza de familia? Soy yo, y yo quien tiene que decidir.

—Tú, como siempre, decidirás lo que tu hija quiera.

—Naturalmente —bramó perdiendo la paciencia—. ¿Acaso soy yo o tú la que se va a casar con Eduardo Boreño?

—No lo recibiré. Y cuando sus padres vengan a pedir tu mano, si es que conocen esas reglas sociales, y vienen, ya puedes prepararte a recibirlos, porque yo no me mezclo con esos pobretones leñadores.

—Serán —dijo Beatriz serenamente— los padres de mi novio y para mí sagrados. Yo los recibiré.

—Eres una loca, sí, sí, tan loca como él.

—Beatriz —dijo el caballero haciendo caso omiso de su esposa—, ¿es en serio? ¿Le amas de veras?

—Sí, papá.

—Tu firmeza es mucha. Voy a tener que creerte.

—Puedes creerme, papá. Si no me caso con Eduardo no me caso con nadie.

—Mis sales, Arturo.

El caballero miró a su hijo y gritó:

—No se las traigas. Que se desmaye de una vez. Pero doña Esther no se desmayó. Cayó como un

fardo sobre una butaca y se quedó mirando espantada a su marido e hija

—¿Y de qué vais a vivir, hija?

—Si me casara con Luis Torres me daríais mi dote, ¿no es cierto? Y todos contentos, aunque yo me muriera de dolor.

—Eso es lo cierto —rió el padre—. Aunque a mí no me hacía ninguna gracia ese matrimonio.

—Pero serías duquesa —saltó la dama.

—¿No te has desmayado? —miró de nuevo a Beatriz—. Suponte que casada con Eduardo también llevas tu dote.

—Es lo que espero de ti, papá.

—Bien, bien. ¿No encuentras villano tener que mantener a tu marido?

—Si el caso lo requiere, yo también me meteré a labradora.

—¡Ay! —chilló la dama.

El padre dijo tan sólo:

—Enternecedor —y dirigiéndose a la puerta, indicó, dando fin al debate—: Dile a tu novio que esta tarde le espero en mi despacho.

Y salió. Beatriz escapó de los gritos de su madre, antes de que ésta pudiera cogerla por su cuenta.

* * *

Eduardo Boreño tuvo un terrible altercado con Arturo, y tanto hablaron y tanto se dijeron mutuamente, que al final se estrecharon las manos y Eduardo exclamó:

—Por una vez en la vida que he sido un hombre formal, vienes tú, mi mejor amigo, y me lo reprochas.

—Perdona. Si no haces feliz a mi hermana...

—¿No venías a buscarme? —dijo éste—. ¿No decías que tu padre desea hablar conmigo?

—Sí.

—Pues vamos.

Y allí estaba Eduardo, entrando en el palacio de sus futuros suegros como Pedro por su casa. Miró a un lado y al otro buscando a Beatriz y cuando la vio en lo alto de la escalera, le dijo fervientemente:

—Eres lo mejor de mi vida y no renuncio a ti por nada del mundo.

—Aunque tenga que vivir el resto de mi existencia labrando la tierra, me casaré contigo.

—¿Labrando? —y rió regocijado—. No será preciso, mi vida.

—Vamos —cortó Arturo—. Mi padre te espera.

—Hasta luego, Beatriz.

—Hasta luego, Eduardo.

Este, seguido de Arturo, entró en el despacho, tras cuya larga mesa se hallaba de pie don Paulino. Le hizo gracia el tarambana de cabeza pelada y ojos centelleantes vestido como un empleadillo de poco sueldo.

—Puedes retirarte, Arturo —dijo don Paulino. Y mirando a Eduardo—: Tú siéntate y fuma, si quieres.

Arturo salió, cerrando tras de sí, y Eduardo no se hizo repetir la orden. Se sentó, tomó un largo cigarro de la caja de laca y, tras de encenderlo, cruzó una pierna sobre la otra.

—Te será fácil —ironizó quedamente el caballero— adaptarte a la vida de millonario.

Eduardo levantó la ceja con ademán interrogante. “Qué gracioso”, expresaron sus ojos al sonreír. Y en voz alta dijo tranquilamente:

—En verdad que es fácil.

—¿Sí?

—Facilísimo.

—¿Y si no dotara a mi hija?

—¿Dotarla?

—Sí, sí, suponte que te la doy sin un céntimo. ¿Qué ocurrirá?

Eduardo seguía en las nubes con respecto a su fortuna. Esta no le daba frío ni calor. La gente se empeñaba en creerlo un pobre diablo. Bueno, ¿y quién era en realidad? Teniendo a Beatriz tenía más que suficiente.

—¿Ocurrir? Nada, por supuesto.

—Supongo que tú no serás de los que dicen: "Contigo pan y cebolla."

—Claro que no.

—Pues no me explico de qué vais a vivir.

Otra vez alzó la ceja Eduardo. Estuvo a punto de soltar la risa, pero no le pareció prudente y se limitó a alzar los hombros.

—No pienso matarla de hambre.

—Pues tú no tienes aspecto de vivir en la opulencia.

Eduardo rió.

—El aspecto es lo de menos. Dígame —cortó brusco, como si tuviera prisa—. ¿Puedo decir a mi padre que venga a pedir la mano de su hija? Por la dote no se preocupe. Eso no tiene importancia.

—¿Cómo? ¿Piensas hacer a mi hija una vulgar labradora?

—¿Qué?

—Eso, una vulgar labradora.

"De risa", se dijo Eduardo perplejo.

—Por supuesto que no —respondió—. Será una espléndida duquesa.

—Joven, a mí tomaduras de pelo, no.

—Perdone usted, no le comprendo.

—En efecto —exclamó don Paulino enfadado—. Mi hija nació para ser duquesa, y me revienta —gritó sin poder contenerse— que se la lleve un tipo despreocupado como tú.

—La amo.

—¿Hasta cuándo?

—¿Cómo hasta cuándo? Pues hasta siempre. ¿No

cree usted que ya he corrido bastante? Desde ahora me dedicaré a hacerla feliz.

—Tengo mis dudas al respecto, pero no pienso exponerme; después de todo, es ella quien se va a casar.

—¿Puedo marcharme?

—No.

—Usted dirá.

—Creo que no es necesario que obligues a tus padres a venir hasta aquí. ¿No viven en un pueblo remoto?

—No, señor. Viven en Madrid.

—¿En Madrid? Que me aspen si lo entiendo.

—Y vendrán muy gustosos a pedirle la mano de su hija. Precisamente hablé con mi padre ayer noche. Me dijo que vendrían ellos, mi hermana y cuñado, pasado mañana. Mi hermana y mi cuñado viven en la capital próxima. Creí que ya lo sabía usted.

—Yo no sé nada, excepto tus locuras.

—Es algo.

—¿Qué dices?

—Nada, señor. Si les parece bien, mis padres les visitarán pasado mañana.

—Bueno —dijo don Paulino pensando en los gritos dramáticos que daría su mujer.

—¿Puedo retirarme?

—Espera. Supongo que de vez en cuando no te importará trabajar en mis fábricas. No me gustan los vagos.

—No, señor. No trabajaré. ¿Puedo retirarme?

—¿Qué dices?

—Si puedo retirarme.

—Me refiero a lo de trabajar.

—¡Ah! No —exclamó con la más aplastante serenidad—. No pienso trabajar.

—Pero..., pero... —lo atragantaba la indignación—. ¿Quién diablos crees que eres?

—Yo.

—¿Y qué eres tú más que un vago cazadotes?

Eduardo se echó a reír con la mayor desfachatez.

—No me confunda con Luis Torres, señor Gil. Me ofende usted.

E inclinándose cortés, salió, dejando a don Paulino perplejo.

* * *

—Te digo que no, que no y que no.

—Pero mujer, sé razonable. No hay fuerza humana que haga desistir a Beatriz. Ahora mismo acaba de salir con su novio. Hay que casarlos, Esther. Se aman. ¿Qué quieres que haga yo?

La mujer estaba desesperada. Don Paulino se asustó de veras por primera vez.

—Esther, sé razonable.

—Lo estoy siendo. Mi hija casada con un pordiosero. Yo que la crié para ser la esposa de un rey... ¡Ay, Paulino, cómo me desilusionan los hijos, y tú, y la vida! ¡Todo!

—Pero mujer, ahora ya no hay remedio. Mañana vienen a pedir su mano. Y hemos de ser cortesés y recibirlos con educación.

—Conmigo no cuentas.

—Esther, no me hagas ponerme furioso. La gente elegante —añadió persuasivo— pone buena cara al mal tiempo. ¿No lo comprendes? Además, si tú les recibes con frialdad, ellos se sentirán cohibidos, fuera de lugar. Hay que tener en cuenta, Esther, que son gente palurda, del campo, aunque él dijo que vivían en Madrid. Pero no hay que hacerle mucho caso.

—Mi hija, mi bella y única hija —declamó doña Esther—, casada con un hombre que casi no sabemos quién es. ¡Ay, Dios mío!

—Ya verás como todo sale bien —persuadió el es-

poso—. Beatriz vivirá con nosotros y él trabajará conmigo y terminará la carrera. Además, no te preocupes, que ya me encargaré yo de meterle en cintura.

—Pero nunca dejará de ser hijo de palurdos labradores. ¿Cómo te crees que viviré yo en adelante? Con la cabeza baja, avergonzada, sin atreverme a mencionar a mi hija.

—Vamos, vamos, entra en razón y sé valiente ante lo inevitable. Por otra parte, no han de casarse tan pronto. El terminará la carrera y después ya se verá.

—Pues que no vengas a pedir su mano.

—Eso no se puede evitar. Precisamente acaba de decirme Arturo que los padres de Eduardo se hallan en la próxima ciudad en casa de su hija. Y Eduardo sale para allá esta misma noche y regresará mañana con ellos. Yo venía a decirte que dispongas una buena comida. Es lo correcto, ¿no?

—¡No! Yo no dispongo nada. ¿Te enteras? Que se vayan a un hotel y sean la risión de toda la ciudad. ¿Crees que no se sabe lo que ocurre? ¡Qué vergüenza, Dios mío! Todos nuestros conocidos se reirán de nosotros; y lo que es peor, se apostarán tras las ventanas para presenciar el espectáculo. Me muero de vergüenza —repitió, tapándose la cara entre las manos.

Don Paulino la dejó por imposible.

En el parque se despedía la pareja. Eran las diez de la noche y Beatriz y Eduardo, ocultos bajo la frondosidad de un árbol, se decían adiós. Eduardo la tenía prisionera en sus brazos y la besaba, y al besarla, hablaba quedamente sobre los labios femeninos.

—Vendré con ellos. Y te agradecerán, ya verás. Mi madre es una dama dulce, bondadosa y sencilla, y mi padre un caballero de este siglo, buen conocedor del alma humana que te admirará tanto como te admiro yo. Mi hermana es muy moderna, ¿sabes? Y mi cuñado un hombre excelente. Hablé con todos esta mañana.

na. No
que el
marca
siasma
case. P

—Tu

El r

—¡M

—Pe

—Y

Se l

once. L

Rió en

—Er

una mu

Se a

dos en

Doñ

Gonzal

no dan

hacia r

lo repit

—Sí,

do Bor

Don

atragan

zos ha

exclam

—Es

A l

—Pe

¿Te pa

—Pe

na. No eres una desconocida para ellos, pues aparte de que el nombre de tu padre es muy conocido en la comarca, les hablé de ti estrictamente y están entusiasmados. Y mis padres muy contentos de que me case. Porque tenemos que casarnos en seguida, ¿sabes?

—Tu carrera...

El rió.

—¡Mi carrera que la lleve el diablo!

—Pero tenemos que vivir.

—Y viviremos. Ya verás qué bien vivimos.

Se le hacía tarde. Tenía que tomar el tren de las once. La besó por última vez, hasta que la dejó inerte. Rió enternecido:

—Eres deliciosa —susurró—. No he conocido jamás una mujer como tú.

Se alejaba y Beatriz lo siguió con los ojos ahogados en llanto.

* * *

Doña Marta, don Felipe y el señor marqués, don Gonzalo, se miraron unos a otros y luego a Luis, como no dando crédito a lo que éste decía. Mas Luis, que hacía muchos días venía aguantando solo la derrota, lo repitió de nuevo:

—Sí, se casa; pero no conmigo. Se casa con Eduardo Boreño.

Don Felipe atusó el bigote, el señor marqués se atragantó, lamentando "in mente" las cajas de puros habanos que no volvería a recibir, y doña Marta exclamó desdeñosa:

—Es lógico, la plebeyez tiene que ir con la plebeyez.

A lo que su esposo replicó airado:

—Pero quien se queda sin la dote somos nosotros. ¿Te parece eso regocijante?

—Por favor, Felipe, no seas vulgar.

Don Felipe miró a su suegro como pidiendo ayuda y éste alzóse de hombros como diciendo:

“¿Qué quieres? Todas son iguales.”

—No me explico, Luis —dijo el marqués en voz alta—, cómo te han podido derrotar.

Saltó don Felipe:

—Eso, hijo. ¿Cómo es posible que a un hombre como tú lo haya desbancado un tipo semejante? ¡Un Eduardo Boreño! ¡Inaudito, Luis!

—No te afijas —intervino la madre—. Será de risa semejante boda. No me la pienso perder. Ya me imagino a los palurdos labradores dándose tono en casa de los nuevos ricos.

A Luis no le hacían ninguna gracia las ironías de su madre. Los padres de Eduardo serían unos palurdos, pero quien se quedaba sin novia era él.

Con ganas de pegar a todo el mundo dijo:

—Mañana vienen a pedir su mano.

Doña Marta se echó a reír.

—¿Es posible? ¿Pero conocen esa gente las reglas sociales? Hijo mío, me alegro que te haya desdeñado. Para mí emparentar con esa gente era como una purga.

—Sí, sí —rezongó don Felipe volviendo a la carga—. Pero lo peor es que tendrás que soportar la indigestión sin purga ni nada.

—¿Te quieres callar, Felipe?

Luis huyó del comedor. Estaba dolido, menguado. Y aunque sabía perder con dignidad, era aquella una pérdida que llegaba demasiado hondo.

El debate continuó en el comedor y el señor marqués lamentó haber terminado los habanos, pues de tener alguno lo hubiera fumado en aquel instante, ya que, dado el acaloramiento del debate, nadie se habría percatado de que fumaba.

—Tú te alegras —decía don Felipe— pero yo me achincho. ¿Sabes que estamos al cabo de nuestras fuer-

zas económicas? ¿Sabes que pesa sobre esta casa una hipoteca, y que he de hacer frente a ella dentro de un mes?

—Recorre a Gerardo —dijo la dama tranquilamente—. Al fin y al cabo es mi primo y tiene tantos millones que para él poco ha de significar desprenderse de unos cientos de miles de duros.

—¡Yo no!

—Que le escriba papá.

—¿Yo? —se espantó el marqués—. Tampoco, hija. Después de todo yo tengo mi rentita y me defiendo bien.

—¡Papá!

—¡Ay, hija, no grites de ese modo! ¿No dices que te alegras de que la hija del fabricante haya desafiado a tu hijo? Pues tú, como madre, trata de arreglar el desbarajuste que consigo trae el desbaratamiento de la boda. Por supuesto, conmigo no cuentes para nada. Gerardo es muy bueno y tiene muchos millones, pero al fin y al cabo Felipe lo ofendió.

—Eso pasó a la historia —dijo doña Marta—. Se casó con el conde que tiene tantos millones como ella.

—¿Queréis callaros ya? —gritó Luis entrando—. Desde la terraza os oigo todo. Parece mentira que os burleéis de los Gil, cuando vosotros sois infinitamente más vulgares.

—Es la vida, hijo —apuntó el abuelo.

—Una vida estúpida e incomprensible —exclamó Luis saliendo de nuevo.

Doña Marta miró a su esposo y a su padre.

—¿Pero qué le pasa a este chico?

—Que estaba enamorado, Marta.

—¿Enamorado?

—Sí. Alguna virtud poseerán los nuevos ricos —dijo el marqués irónico— cuando tienen poder para enamorar a los elementos distinguidos como tu hijo.

* * *

Eran las cuatro de la tarde. En el salón de recibo de los Gil se guardaba un sepulcral silencio. Doña Esther, hundida en un sillón, parecía como en un funeral. No lucía una joya ni un modelo de Dior de los que recibió de París aquel verano pasado. Vestía sus ropas vulgares de cada día y su ceño estaba tan fruncido que el marido temió que diera un espectáculo cuando llegaran los Boreño a pedir la mano de su hija.

—Después de todo —dijo como siguiendo el curso de su pensamiento—, labradores o no, son personas humanas y van a ser los suegros de nuestra hija. ¿No es cierto, Arturo?

Este dio una cabezadita y respondióle:

—Desde luego, papá.

—¿Qué vas a decir tú? —saltó airada la dama—. Si también me vas a traer a otra plebeya.

—Pero, Esther, cielo santo, ¿qué eras tú hace veinte años? ¿Qué eres ahora después de todo?

—Una dama respetable.

—Gracias a los millones que amasamos, que si no, serías Esther la obrera, ¿te enteras? Con dinero se tiene don, sin él ni don ni din.

Entró Beatriz en aquel instante. Venía preciosa, hasta la palidez de su rostro la favorecía, haciendo más brillantes sus grandes ojos.

—Mamá —dijo serenamente.

—A mí no me hables, hija desnaturalizada.

—Pero, Esther —apaciguó el caballero—. ¿Es que aún no te has dado cuenta de que es inevitable y preferible que lo tomes con resignación, dignamente, como la dama que pretendes ser?

—Como lo que soy.

—Pu
Se o
se pus
ventana
que pu
—Da
a cenar
—No
a seme
—¡P
El g
Esther
gantado
—No
de algú
presion
mujeres
Hub
se man
La ma
sorda e
las por
peraban
—Es
empaqu
do, ¡qu
En
instant
y su se
familia
—¿Q
tamos
Y b
pidame
mundo
dijo:

—Pues demuéstralo, córcholis.

Se oyó el zumbido de un auto en el parque. Todos se pusieron en pie. Mientras Arturo corría hacia el ventanal, don Paulino dijo a su esposa, todo lo sereno que pudo:

—Da orden de que sirvan la merienda e invítalos a cenar.

—No, en modo alguno. No pienso sentar a mi mesa a semejante gente.

—¡Papá!

El grito de Arturo fue tal, que don Paulino y doña Esther se volvieron hacia él alarmados. Arturo, atragantado, dijo:

—No son ellos, papá. Debe ser alguna visita para ti de algún cliente. Es un auto oficial y un "Rolls" impresionante, y de ellos descienden dos hombres y dos mujeres. Y... ¡atiza! Boreño con traje nuevo.

Hubo una tremenda confusión en el salón. Beatriz se mantenía temblorosa, de pie junto a la chimenea. La madre se acercó al ventanal y miró. Lanzó una sorda exclamación. Dos uniformados choferes cerraban las portezuelas de los escandalosos automóviles, y esperaban, muy tiesos, al lado de ellas.

—Esther —dijo el caballero, perdiendo un poco el empaque de comerciante indiferente—. No lo entiendo, ¿que me aspen si lo entiendo!

En la puerta del salón apareció Eduardo en aquel instante. Vestía un traje gris de corte irreprochable y su sonrisa de cínico simpático obsequió a su futura familia.

—¿Qué hay? —preguntó campechanamente—. Ya estamos aquí.

Y buscó con los ojos a su novia. Fue hacia ella rápidamente, la besó en la mejilla delante de todo el mundo y con la mayor naturalidad. Y muy bajo, le dijo:

—Te adoro, bonita mía, ojos guapos, boquita de cielo.
—¿Quieres callarte y ser formal? —pidió ella con el mismo tono de voz—. Y muy bajo—: ¿Quiénes son los que te acompañan?

El puso expresión de idiota.

—Mis padres y hermanos, ¿quiénes van a ser?

—Tus... tus...

No pudo terminar. Eduardo se volvió con su habitual desenvoltura y presentó con la mayor sencillez, sin jactancia, con una naturalidad aplastante:

—Los señores Gil, su hijo Arturo. Mi novia bonita. —Y después, causando casi un síncope a doña Esther—: Mis padres, los duques de Mirator; mi cuñado, el gobernador de la provincia, conde de Torrente, y su esposa, mi hermana Elena. Y puesto que ya se conocen ustedes permítanme llevarme a mi novia.

Le pasó un brazo por los hombros y la miró embobado.

Todos se saludaron. Doña Esther, una vez salió de la tremenda sorpresa, se deshacía, se multiplicaba. Don Paulino era el de siempre, pero al mirar a su mujer sonreía burlonamente y ésta, sofocada, salió disimuladamente y revolvó a toda la servidumbre.

—Deja que te vea, hija mía —susurró la distinguida dama junto a Beatriz—. Eduardo nos habló mucho de ti, pero... se ha quedado corto en cuanto a tus encantos se refiere. Estoy muy contenta, querida.

Se le acercó Elena y su marido. Elena la besó. Su marido le dijo al oído:

—Procura que no lo metan más en la Comisaría, porque no pienso sacarlo.

No sabía qué decir. Dejóse besar por todos. Estaba maravillada. ¿Qué diría ahora su madre? ¿Y es que Eduardo nunca mintió al referirse a los duques, a sus padres y a su cuñado el gobernador? ¡Asombroso! Para

ella era igual, lo amaba como quiera que fuera. Para su madre...

Allí llegaba de nuevo, elegantemente vestida, luciendo el collar de brillantes, radiante, y, a juicio de la hija y el esposo infinitamente más vulgar que antes.

Se hacía mieles. Acercóse a ellos, les habló con familiaridad, y junto a la duquesa, tan sencilla y distinguida, parecía su doncella. Pero esto a la duquesa no debió de importarle, porque la llamó Esther a secas y la ex obrera casi se desmaya. Se acercó a Eduardo y le dijo cariñosamente:

—Puedes llevártelo, querido. —Y en voz baja—: Cómo nos has engañado, pillín.

Eduardo puso expresión perpleja. ¿Engañado? El jamás engañó a una dama. A las mocitas guapas, quizá, menos a Beatriz. Hay que advertir que Eduardo siempre, al referirse a sus padres, los nombró los duques con naturalidad, y si lo tomaron por el hijo de un labrador, él no tuvo la culpa. Y por supuesto. No creía que su futura familia ignorara la verdadera personalidad de su familia.

Cuando vio a ésta en animada charla con la otra, tomó a Beatriz por una mano y salió con ella.

—¿A dónde me llevas?

—Donde estemos solos.

Y lo estuvieron en el silencio de un salón. La tomó en sus brazos y buscó sus labios.

—Beatriz —murmuró ahogado por la emoción—, eres la mujer de mi vida.

La muchacha sintió sus besos y se le quedó mirando larga, muy largamente.

EPILOGO

Don Felipe entró sofocado en la salita donde su esposa hacia labor de punto, donde el marqués dormitaba y su hijo miraba una revista con cara de aburrido. Los tres, al sentir a don Felipe, levantaron la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Casi nada.

Y se desplomó en una butaca, con el rostro sudoroso.

—Pero..., ¿qué pasa? —preguntó su hijo.

—El tal Eduardo es hijo de Gerardo, el duque de Mirator.

—¡No!

—Sí, sí. Ahí están todos, en el palacio de los nuevos ricos. Han venido a pedir su mano y todo el vecindario está maravillado. La noticia se corrió por la ciudad y todo el mundo ve visiones. ¿Qué dices a eso, Marta?

—Mi frasco de sales —pidió la voz de la mujer, casi en un suspiro.

* * *

Dic
ferirse
decía:
—M
Y c
entre
—M
Y c
cuatro
—M
Y s

Dicen que, andando el tiempo, doña Esther, al referirse a su hija, casada ya y viviendo en Madrid, decía:

—Mi hija la duquesa...

Y cuando se refería a la esposa de su hijo decía entre dientes:

—Mi nuera...

Y don Paulino reía. Era un hombre feliz. El, a los cuatro les llamaba lo mismo:

—Mis hijos...

Y su orgullo de padre crecía con esta sola frase.

F I N

Ju
lan
lla
pe
co
ga
lan
m.
lg
to
y
m
fu

es

iU

iL
la

PI

M

Juan Ignacio quiso burlarse de Amelia, la bella maestrilla de la Foz, pensando que ella era como todas, fácil de engañar con hermosas palabras. Pero Amelia era muy diferente, y Juan Ignacio, que no era tonto, supo ver la honradez y la bondad de aquella mujer que, a pesar del fuerte desengaño, siguió amándole, hasta el extremo

de exponer su vida por salvar la de él...



LA MAESTRILLA DE FOZ.

es el título de este relato apasionante y sincero, que firma el celebrado autor

LUIS MASOTA

¡Una historia sentimental y deliciosa que llegará a lo más profundo del alma de toda mujer!

LA MAESTRILLA DE FOZ

¡Renunciaba a su amor con el solo fin de ver lograda la felicidad completa del hombre que lo significaba todo para ella!

COLECCION CAMELIA

presentará esta novela única, en su número de dentro de siete días

Precio de venta: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
728 — María del Pilar Carré
MI HERMANO ALBERTO

COLEC. "MADREPERLA"
624 — Carlos de Santander
EL AMOR PUEDE MORIR

COLECCION "ROSAURA"
568 — Clotilde Méndez
NO CONOZCO A ESTA
MUJER

COLECCION "AMAPOLA"
455 — G. Colomer
UN MARIDO RICO

COLECCION "ALONDRA"
389 — María Morgan
NOCHES DE BORNEO

COLECCION "CAMELIA"
330 — Corín Tellado
BEATRIZ

COLECCION "CORAL"
25 — Corín Tellado
...Y SOÑO SU FELICIDAD

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
669 — Tex Taylor
JUEGO SUCIO

Col. "SERVICIO SECRETO"
533 — Mark Halloran
UNA CRUZ PARA CADA
MUERTO

COLECCION "BUFALO"
366 — M. Lafuente Estefanía
AVENTURA EN ARIZONA

COLECCION "TEXAS"
234 — Keith Luger
¡NO QUIERO VENTAJAS!

COLECCION "CALIFORNIA"
213 — M. Lafuente Estefanía
¿QUIEN TE ENSEÑO A
DISPARAR?

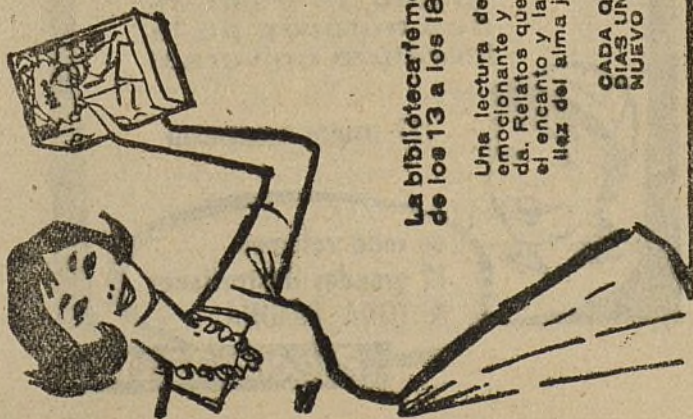
COLECCION "COLORADO"
158 — M. Lafuente Estefanía
SANGRE INDIA

COLECCION "KANSAS"
124 — M. Lafuente Estefanía
¡BUEN PISTOLERO, SI,
SEÑOR!

Col. "HEROES DEL OESTE"
106 — M. Lafuente Estefanía
CONCURSO ESPECIAL DE
"COLT"

COL. "ASES DEL OESTE"
76 — Cliff Bradley
CAMINO DE VENGANZA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2-Barcelona-Hipólito Irigoyen, 646-Buenos Aires



coleccion DALIA

la colección de
POLLYANNA, MISS BILLY
y otros muchos personajes
que ahora ya son tus
amigos.

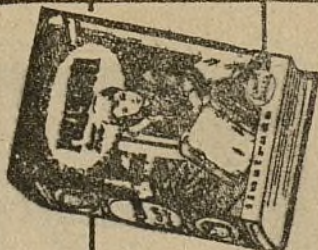
Los libros alegres, divertidos y emotivos que tú
preferes.

**La biblioteca femenina,
de los 13 a los 18 años**

Una lectura deliciosa,
emocionante y divertida.
Relatos que tienen
el encanto y la sencillez
del alma juvenil

**CADA QUINCE
DÍAS UN
NUEVO TÍTULO**

**Precio:
30 ptas.**



*Libros para
la juventud*



COLECCIÓN

IRIS

**La Colección que
reúne las mejores
obras para la ju-
ventud, de los gran-
des autores de la
literatura universal**



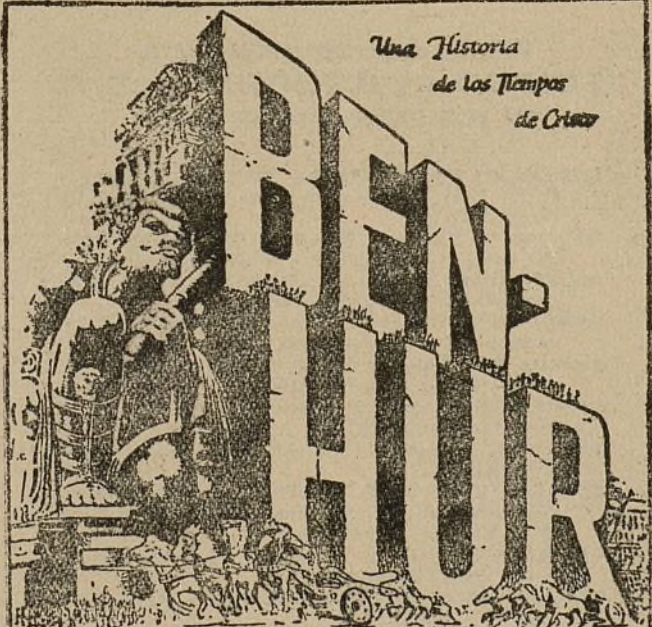
127 TÍTULOS PUBLICADOS

**en cada volumen
12 grandes ilustraciones
A TODA PAGINA**

Precio: 25 pts.

Ayuntamiento de Madrid

*Una Historia
de los Tiempos
de Cristo*



¡La película de los once "oscar"!

LEA la única edición que incluye entre sus páginas fotografías
de la gran producción METRO-GOLDWYN-MAYER del mismo título

COLECCION JOYAS LITERARIAS

32 fotografías a todo página

En volumen de 476 páginas
125 pesetas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera,
S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUE-
NOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda.
Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda.
Apartado 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - So-
meruelos, 57 - LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Im-
perio, 255-B. - SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 49
CIUDAD TRUJILLO
- ECUADOR:** Agencia Selecciones - Aguirre, 717.
GUAYAQUIL.
- ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA:** Des An-
gles International, 408 East, 11St. - New York,
23 N. Y. (Para bolsilibros).
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número
5-42 - GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uru-
guay, 17 - MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones
29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA
ASUNCION.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450.
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Forta-
leza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15ª Calle
Oriente, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. -
Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Ayuntamiento de Madrid

LLUVIA DE ESTRELLAS



Donna Reed

N.º 1178

Su verdadero nombre es Donna Mullenger, y nació en Denison (Iowa). Su primer gran éxito en el cine lo obtuvo con "¡Qué bello es vivir!". Últimamente la hemos visto en: "La última vez que vi París" y "El sexto fugitivo".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORILLAS DE MAR, 1178 BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain